

**JOSE RUBEN ROMERO**

***LA VIDA INÚTIL***

***DE***

***Pito Pérez***

*Trigésimo quinta edición*



EDITORIAL PORRUA, S. A.

AV. REPUBLICA ARGENTINA 15 MEXICO. 1993

la— Edición Editorial Porrúa, 1938

\* Derechos reservados © 1993

\* por Carlos Romero Cuellar

Esta edición es propiedad de la

Editorial Porrúa, S. A.

Argentina, 15 — México 1, D. F.

Missisipi 43 México, D. F.

ISBN 968-432—350—6

IMPRESO EN MÉXICO

*No tengo fijo lugar donde morir y nacer, y ando siempre sin saber donde tengo que parar.*

*Calderón de la Barca.*

I

*¡ Pobrecito del Diablo,*

*que lastima le tengo!"*

*Pito Pérez*

La silueta oscura de un hombre recortaba el arco luminoso del campanario. Era Pito Pérez, absorto en la contemplación del paisaje.

Sus grandes zapatones rotos hacían ruelas de dolor; su pantalón parecía confeccionado con telarañas, y su chaqueta, abrochada con un alfiler de seguridad, pedía socorro por todas las abiertas costuras sin que sus gritos lograran la conmiseración de las gentes. Un viejo "carrete" de paja nimbaba de oro la cabeza de Pito Pérez.

Debajo de tan miserable vestidura el cuerpo, aun mas miserable, mostraba sus pellejos descoloridos; y el rostro, pálido y enjuto, parecía el de un asceta consumido por los ayunos y las vigiliass.

—¿Que hace usted en la torre, Pito Pérez?

—Vine a pescar recuerdos con el cebo del paisaje.

—Pues yo vengo a forjar imágenes. en la fragua del crepúsculo.

—¿Le hago a usted mala obra?

—Hombre, no. ¿Y yo a usted?

—Tampoco. Subimos a la torre con fines diversos, y cada quien, por su lado, conseguirá su intento: usted, el poeta, apartarse de la tierra el tiempo necesario para cazar los consonantes —catorceavecillas temblorosas— de un soneto. Yo, acercarme mas a mi pueblo, para recogerlo con los ojos antes de dejarlo, quizás para siempre; para llevarme, en la memoria todos sus rincones; sus calles, sus huertas, sus cerros. ¡Acaso nunca mas vuelva a mirarlos!

—¿Otra vez a peregrinar, Pito Pérez?

—¡Que quiere usted que haga! Soy un pito inquieto que no encontrara jamás acomodo. Y no es que quiera irme; palabra. Me resisto a dejar esta tierra que, al fin de cuentas, es muy mía.

—¡Oh, las carnitas de Canuto! ¡Oh, el menudo de la tía "Susa"! ¡Oh, las "tortas de coco" de Lino, el panadero! —Pero acabo de dar fin a una larga y azarosa borrachera, y mis parientes quieren descansar de mi persona, lo mismo que todo el pueblo. Cada detalle me lo demuestra: en las tiendas ya no quieren fiarme; los amigos no me invitan a sus reuniones, y el Presidente Municipal me trata como si fuera el peor de los criminales. ¿Por que cree usted que me doblo la condena que acabo de cumplir? Pues porque le hice una inocente reflexión, a la hora de la consigna. El dijo su sentencia salomónica: para Pito Pérez, por escandaloso y borracho, diez pesos de multa, o treinta días de prisión, a lo que yo conteste con toda urbanidad: pero, señor Presidente, ¿que va usted a hacer con el Pito adentro tantos días? El señor Presidente me disparo toda la artillería de su autoridad,

condenándome a limpiar el retrete de los presos durante tres noches consecutivas. ¿No ha observado usted que la profesión de déspota es mas fácil que la de medico o la de abogado? Primer año: ciclo de promesas, sonrisas y cortesías para los electores; segundo año: liquidación de viejas amistades para evitar que con su presencia recuerden el pasado, y creación de un Supremo Consejo de Lambiscones; tercer año: curso completo de egolatría y megalomanía; cuarto y ultimo año: preponderancia de la opinión personal y arbitrariedades a toda orquesta. A los cuatro años el titulo comienza a hacerse odioso, sin que universidad alguna ose revalidarlo.

—Es usted inteligente, Pito Pérez, y apenas se concibe como malgasta usted su vida bebiendo y censurando a los demás.

—Yo soy amigo de la verdad, y si me embriago es nada mas que para sentirme con ánimos de decirla: ya sabe usted que los muchachos y los borrachos... Agregue usted a esto que odio las castas privilegiadas.

—Venga, siéntese usted, y vamos a platicar como buenos amigos.

—De acuerdo. Nuestra conversación podría titularse: Diálogo entre un poeta y un loco.

Nos sentamos al borde del campanario, con las piernas colgando hacia fuera. Mis zapatos nuevos junto a los de Pito Pérez brillaban con su necio orgullo de ricos,

tanto, que Pito los miro con desdén y yo sentí el reproche de aquella mirada. Nuestros pies eran el compendio de todo un mundo social, lleno de injusticias y desigualdades.

—¿Por que dijo usted que nuestra conversación seria el diálogo entre un poeta y un loco?

—Porque usted presume de poeta y a mi me tienen por loco de remate en el pueblo. Aseguran que falta un tornillo a toda mi familia, ¡Que barbaridad! Dicen que mis hermanas Herlinda y Maria padecen locura mística y que por eso no salen de la iglesia; afirman las gentes que Concha esta tocada porque pasa los días enseñando a los perros callejeros a sentarse en las patas traseras y a un gato barcino que tiene, a comer en la mesa con la pulcritud de un caballero; Josefa se tiro de cabeza a un pozo dizque porque estaba loca; y Dolores se enamoro de un cirquero por la misma causa, según la infalibilidad de esos Santos Padres que andan por allí sueltos. Joaquín, el sacerdote, no quiere confesar a las beatas, porque esta loco, y yo me emborracho, canto, lloro y voy por las calles con el vestido hecho jirones ¡porque estoy loco! ¡Que lógica tan imbécil! Locos son los que viven sin voluntad de vivir, tan solo por temor a la muerte, locas las que pretenden matar sus sentimientos y por el que dirán no huyen con un cirquero; locos los que martirizan a los animales en lugar de enseñarles a amar a los hombres —¿no es cierto, hermano de Asís?—; locos los que se arrodillan delante de un ente igual a ellos, que masculla latín y viste sotana, para contarle cosas sucias, como esas lavanderas que bajan al rió todos los sábados, a lavar su

camisa, a sabiendas de que a la siguiente semana volverán a lo mismo porque no tienen otra que ponerse, y mas locos que yo los que no ríen, ni lloran, ni beben porque son esclavos de inútiles respetos sociales. Prefiero a mi familia, de chiflados y no a ese rebaño de hipócritas que me ven como animal raro porque no duermo en su majada, ni balo al unísono de los otros.

—Pero una cosa es que algunos lo juzguen loco y otra que usted viva haciendo extravagancias —y perdone que se lo diga con tanta franqueza— sin que le importe su buena fama. ¿Para que le sirve su inteligencia?

—¡Que inteligencia ni que demontre! Lo cierto —y usted no lo creerá— es que soy un desgraciado. Mi mala suerte me persigue desde que nací y todo lo que emprendo me sale al revés de como yo lo he deseado. Pero no vaya usted a pensar que por eso bebo; me emborracho por que me gusta, y nada mas. Si tengo algún talento, lo aplico en encontrar los medios para que la bebida me resulte de balde, y así obtengo un doble placer, y como goce durante aquellos días en que me bebí un barril entero de Catalán en la tienda de los Flores, sin que ellos se dieran cuenta de mi mafia! Le voy a contar a usted como lo hice, por si algún día quiere aprovecharse de mi truco:

En la tienda de los Flores los barriles del vino servían de respaldo a las sillas de los visitantes. En calidad de tal, llegaba yo todas las noches y tomaba asiento, muy en mi juicio, cerca de uno de los barriles. Después de un rato de charla me ponía en pie con grandes dificultades; y hablando entre dientes. "—¡Pero este

Pito Pérez como se emborrachara!— comentaban, noche a noche, los dueños de la tienda. Llega en sus cabales y se va siempre en cuatro patas". Y era verdad. A gatas tenía que atravesar las bocacalles para no perder el rumbo de mi casa, unas veces maullando como gato, y otras, ladrando como perro, de modo tan real, que los auténticos animales me seguían pretendiendo jugar conmigo. El secreto de mis borracheras era este: Con un tirabuzón logre hacer un agujero en la tapa de uno de los barriles y por allí introduje una tripa de irrigador que, pasando por dentro de mi chaqueta, llevaba a mi boca el consuelo de tan sabroso líquido que, de tanto chupar, se líquido también para siempre. Con un pegote de cera de Campeche disimulaba la existencia del agujero. (Lastima que otros no puedan disimularse lo mismo). El vicio del vino es terrible, amigo, y el borracho, por principio de cuentas, necesita perder el pudor. Cuesta trabajo perderlo, pero cuando uno lo pierde, que descansado se queda, como dicen que dijo uno de los sinvergüenzas más famosos de México.

—Cuénteme cosas de su vida, Pito Pérez.

—No puedo ahora, porque tengo que acudir a la cita de un amigo que me ofreció regalarme con unas copas; sería un sacrilegio desaprovechar tan rica ocasión.

—Vamos a cerrar un trato: venga usted todas las tardes, y yo le pagare su conversación, al bajar de la torre, con una botella.

—¿De lo que yo elija? ¿De coñac? ¿De champaña?... Pero no se asuste; esas bebidas son para ricos desnaturalizados que no sienten amor por nuestra patria. Imagino que los que toman esas, cosas son como aquellos mexicanos que fueron a Europa a traerse a un príncipe rubio como el champaña.

Hay que gastar de lo que el país produce: hombres morenos, como Juárez — para que nos gobiernen; y para beber, tequila, charanda o aguardiente de Puruarán, hijo de caña de azúcar, que es tan noble como la uva. Le aseguro que si. en la misa se consagrara con aguardiente de caña, los curas serian mas humildes y mas dulces con su rebaño.

—Bueno, es usted tan pintoresco que le pago cada hora de conversación con una botella de ese aguardiente de Puruarán que usted exalta tanto. ¡Así somos los hombres de malos: ofrecemos un aperitivo a un hambriento, pero nunca una pieza de pan!

—¿Y usted piensa que va a divertirse oyéndome, y que mi vida es un mosaico de gracias o una cajita de música que toca solamente aires alegres? Mi vida es triste como la de todos los truhanes, pero tanto he visto a las gentes reír de mi dolor, que he acabado por sonreír yo también, pensando que mis penas no serán tan amargas, puesto que producen en los demás algún regocijo. Me voy en busca de mi generoso cooperó, porque yo nunca falto a mi palabra de beber a costa ajena. Mañana le tocara a usted su turno, de acuerdo con lo estipulado.

Y Pito Pérez desapareció por el caracol de la torre, como un centavo mugroso por la hendidura de una alcancía.

Pito Pérez llegó a nuestra cita, con exactitud cronométrica. Su porte era el mismo del día anterior, luciendo además, un cuello postizo, de celuloide, una corbata de plastrón, que semejaba nido despanzurrado, y un clavel rojo en el ojal, como mancha de sangre sobre la sucia chaqueta.

El sol parecía también un clavel reventón prendido en la mantilla de encajes del firmamento.

—Viene usted muy elegante, Pito Pérez.

—¡En que forma! Ni mi madre me reconocería. Lo malo está en que no armoniza el terno con el color de los zapatos, y en que el sombrero me viene chico porque el difunto era menos cabezón que yo.

Nombre a mi madre y comenzaremos por el té, la narración que usted me ha pedido y que creo completamente inútil. Mi madre fue una santa que se desvivió por hacer el bien. Ella pasaba las noches en claro velando enfermos, como una Hermana de la Caridad; ella nos quitaba el pan de la boca para ofrecerlo al más pobre; sus manos parecían de seda para amortajar difuntos, y cuando yo nací, otro niño de la vecindad se quedó sin madre, y la mía le brindó sus pechos generosos. El niño advenedizo se crió fuerte y robusto, en tanto que yo aparecía débil y enfermo porque la leche no alcanzaba para los dos. Este fue mi primer infortunio y el caso se ha repetido a través de toda mi existencia. Crecí al mismo tiempo que mis hermanos, pero como no había recursos para costearlos a

los tres, ni becas para todos, prefirieron a los dos mayores; de modo que Joaquín fue al Seminario y Francisco a San Nicolás, porque mi madre quería tener sacerdote y abogado. El uno para que nos tuviera bienquistos de tejas arriba, y el otro para que nos defendiera de tejas abajo. Para mi eligieron un oficio que participara de las dos profesiones y me hicieron acolito de la parroquia. Así vestiría sotana, como el cura, y manejaría dineros como el abogado, porque los acólitos son como los albaceas de los santos, ya que en sus manos naufragan las limosnas que se colectan a la hora de los oficios divinos. En mis funciones eclesiásticas fui cumplido y respetuoso con los curas de la iglesia. Jamás di la espalda, irreverentemente, al altar en que Nuestro Amo estaba manifiesto; nunca eche semillas de chile al incensario, para hacer llorar al celebrante y a los devotos que se le acercaban; ni me orine por los rincones de la sacristía, como los demás acólitos.

A la hora de las comidas, las gentes me veían pasar, rumbo a mi casa, vestido con la sotana roja, y comentaban emocionadas: "—¡Ah, que buen muchacho este de doña Conchita Gaona, tan piadoso y tan seriecito!" ¿Y sabe usted por que no me apeaba mi vestido de acolito?, pues porque no tenia pantalones que ponerme y con las faldillas de la sotana cubría mis desnudeces hasta los tobillos. Así aprendí que los hábitos sirven para ocultar muchas cosas que a la luz del día son inmorales.

Un tal Melquíades Ruiz, apodado San Dimas, era mi compañero de oficio y, además mi mentor de picardías.

Primero me enseñó a fumar hasta en el interior del templo, y después a beberme el vino de las vinajeras. Decíanle San Dimas, no porque fuera devoto del Buen Ladrón, sino por lo bueno de ladrón que era. El muy taimado se pasaba la vida quemándome las asentaderas con las brasas del incensario, y cuando yo protestaba, me decía:

—Hermano Pito, el dolor es una penitencia por la cual tus quemaduras te acercan al Señor; yo soy la justicia divina que hostiga tu lado flaco".

—¡Pero fíjate en que es mi lado gordo el que me chamuscas, grandísimo pendejo!"

Cierta vez vimos que un ranchero rico, de Turiran, echo en el cepillo del Señor del Prendimiento una moneda de a peso, después de rezar largamente, en acción de gracias, porque en sus tierras no había helado.

"—Mira, Pito —me dijo San Dimas— que suerte tiene el Señor del Prendimiento y con cuanto desdén recibe las dadivas de sus fieles para que luego el señor cura las gaste en su propio provecho. Ya oíste que quiere hacer un viaje a Morelia para comprarse, con todo lo que caiga de limosnas en estos días, un mueble de bejuco. ¿Que te parece si nosotros madrugamos al cura y le damos su llegón a la alcancía?"

San Dimas me convenció sin mucho esfuerzo. El tenía cierto dominio sobre mi, por ser de mayor edad que yo y por sus ojos saltones que parecían de iluminado. Agregue usted a esto que mis teorías sobre la propiedad privada nunca fueron muy estrictas, y mucho menos tratándose de bienes terrenales de los santos, que siempre me imagine muy indulgentes con los menesterosos, además, sin personalidad legal reconocida para acusar a los hombres ante los tribunales del fuero común.

—¿Y la conciencia, Pito Pérez?

—La tengo arrinconada en la covacha de los chismes inútiles.

—A la Mañana siguiente ambos monaguillos llegamos al templo cuando apenas clareaba el alba, y mientras San Dimas encendía las velas del altar mayor para la primera misa y vigilaba la puerta de la sacristía, me encamine de puntillas hasta donde estaba el Señor del Prendimiento, y sacando un cuchillo mocho que llevaba prevenido debajo de la sotana, levante con el la tapa de la alcancía, metiendo en ella, con mucho miedo, ambas manos. Entre las monedas de cobre, las de plata abrían tamaños ojos, asustadas, como doncellas sorprendidas en cueros por una banda de salteadores.

"—¡Chist!"— me hizo San Dimas desde el altar mayor al oír tintinear los centavos— y yo me asuste tanto que vi claramente al Señor del Prendimiento que hacia ademán como para atraparme. En un Colorado paliacate vacié el dinero

y, apresurado y tembloroso, se lo entregue a San Dimas, que salió de la iglesia como alma que se lleva el Diablo. Entro Nazario el sacristán, y me dijo: — "Muévete, Pito, que ya se esta revistiendo el padre para la misa".

Yo me dirigí a la sacristía mirando como llegaban al templo las primeras beatas, acomodándose en las tarimas de los confesonarios, para reconciliar culpas de la noche anterior.

El padre Coscorrón estaba revistiéndose y solo le faltaba embrocarse la negra y galoneada casulla de las celebraciones de difuntos.

Los monaguillos decidámosle el padre Coscorrón, por su carácter iracundo y por lo seguido que vapuleaba nuestras pobres cabezas con sus dedos amarillos y nudosos como cañas de carrizo.

Salimos, pues, a celebrar el santo sacrificio, el padre con los ojos bajos, pero a cuya inquisición nada se escapaba, y yo, de ayudante, con el misal sobre el pecho, muy devotamente y orejeando para todas partes, atento a notar si se había descubierto el hurto. El padre parecía una capitular de oro; yo, junto a el, una insignificante minúscula impresa en tinta roja.

Cavilando en mi delito, olvidabánseme las respuestas de la misa, y para que no lo notara el padre, hacia yo una boruca tan incomprensible como el latín de algunos clérigos de misa y olla. Al cambio del misal para las ultimas oraciones, mire de

soslayo hacia el Señor del Prendimiento y vi que el sacristán hablaba acaloradamente en medio de un grupo de beatas, que observaban con atención el cepo vacío. La Mañana nos había traicionado con su luz cobarde, y cuando entramos a la sacristía, Nazario salió a nuestro encuentro y dijo con voz tan agitada como si anunciara un terremoto :

"——¡Robaron al Señor del Prendimiento!"

"——¿Que dices, Nazario? ¿Se llevaron el santo?"

"——No, señor, ¡que se llevaron el santo dinero de su alcancía!"

"——¿En donde esta San Dimas?"—— grito el padre Coscorrón clavándome los ojos, como si quisiera horadar mi pensamiento; y tirando el cíngulo y la estola, me llevo a empellones hasta un rincón de la sacristía.

"——Pito Pérez, ponte de rodillas y reza el Yo pecador para confesarte: ¿Quien se robo el dinero de Nuestro Señor?"

"——No se, padre".

"——*Hie et nunc* te condeno si no me dices quien es el ladrón..."

"——Yo fui, Padre" ——exclame con un tono angustiado, temeroso de aquellas palabras en latín que no entendía, y que por lo mismo parecieronme formidables.

El cura agarro con sus dedos de alambre una de mis orejas, que poco faltó para que se desprendiera de su sitio, y zarandeándome despiadadamente me dijo:

"——¡Fuera de aquí, fariseo, sinvergüenza, Pito cochambrudo, y devuelve inmediatamente el dinero, si no quieres consumirte en los apretados infiernos!"

Cuando el padre Coscorrón aflojó un poco los dedos, di la estampida y no pare hasta el corral de mi casa. No volví a ver a San Dimas, que se quedó con lo robado, y todo el pueblo supo nuestra hazaña porque el padre Coscorrón se encargó de pregonarla desde el pulpito:

"——Dos Judas traidores robaron el templo; por caridad yo no diré quienes son, pero uno es conocido por San Dimas, y al otro le dicen Pito Pérez".

Nos acomodaron versos, mal hechos, por cierto, y peor intencionados:

A Dimas le dijo Gestas:  
¡que pendejadas son estas!  
Y al Pito le dijo Dimas:  
te tizno si no te arrimas.  
Y volaron al momento  
las limosnas que tenía  
en su sagrada alcancía  
el Señor del Prendimiento.

Lo mas triste del caso fue que San Dimas pudo volver a la parroquia, rehabilitado por mi confesión. El se quedo con el santo y la limosna, como dice el viejo refrán; en cambio, yo cargue con el desprestigio, y como único recuerdo de mi vida de acolito, me quede con la sotana roja, chorreada de cera y llena de las quemaduras que le hicieron las chispas del incensario.

—Pito Pérez, nadie sabe para quien trabaja; ese San Dimas debe haber pensado que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón, y que el que va por lana sale trasquilado.

—No me diga usted mas refranes, que cada uno de ellos puede servir de epígrafe a los capítulos de mi vida. Y me voy porque ya tengo el gaznate seco. Venga, pues, el importe de la botella, que hoy lo tengo bien ganado.

¿ Por que le dicen Pito Pérez? Créame usted que aun no me entero.

—Este apodo no tiene la malicia que las gentes imaginan, y va usted a saber su origen:

Como todos los niños pobres, yo no tuve juguetes costosos ni diversiones presumidas. Mi madre me tenia muy sujeto y no me dejaba salir a la calle por miedo de que me perdiera, en el recto sentido de la palabra. ¡Mire usted que si la pobre levantara ahora la cabeza! Así es que, relegado en el corral de mi casa, pasaba los días riendo con mis hermanas, o haciendo pequeños hornos de tierra en los que cocía panes de lodo. Mis manos fabricaban con mucha habilidad chilindrinas rociadas de arena, roscas de barro, empanadas rellenas de pasajo, que a Concha mi hermana socávale consumir so pena de acusarla con mi madre de ciertos coqueteos con el hijo de don Zenón, el sordo.

Dedique mis largos ocios a labrar con navaja un pito de carrizo, al que, a fuerza de paciencia y de saliva, logre arrancarle primero unas notas destempladas, y después de muchos trabajos, las canciones en boga por aquellos rumbos.

Se desesperaban los vecinos escuchando mis largos conciertos de trémolos, arpegios, fermatas y trinos; tenían pito para levantarse, pito para comer y pito para la hora de acostarse, a tal extreme, que protestaban y gritaban pidiendo misericordia:

"——¡Doña Herlinda, silencie ese pito!"

"——¡Que se calle ese pito!"

Y Pito me pusieron de apodo, sin que me hayan lastimado con el sobrenombre.

Después de mi aventura por los dineros del Señor del Prendimiento, me dedique con mas ahínco a la flautita porque mi madre Herlinda, avergonzada por el pregón del cura, prohibiome terminantemente salir a la calle.

Pasaba la vida sentado en el brocal del pozo, como un encantador de serpientes, haciendo bailar, al compás de la música, mis tristes y aburridos pensamientos. Pero llego un día en que cansado de aquella cárcel, quise emprender el vuelo; y al obscurecer de un jueves salí de mi casa diciendo a mi familia que me iba a rezar la Hora Santa.

Sin una muda de repuesto, sin sombrero, sin planes para el porvenir, con un capital de diez centavos en la bolsa, subí a toda prisa por la calzada de las Tenerías, y al llegar a la cerca del Cerrito, me detuve para tomar alientos y para cerciorarme de que nadie me seguía.

El pueblo alargaba sus calles blancas, como si quisiera retenerme con sus brazos amorosos; pero el camino, lleno de misterios, me atraía.

¡Adiós, Santa Clara del Cobre, que me viste nacer y crecer, humillado y triste!  
Volveré a ti vencedor, y tus campanas se echaran a vuelo para recibirme.

—¿Y a donde fue usted a parar, Pito Pérez?

—A Tecario, al amanecer del siguiente día, cansado, muriéndome de hambre y de frío. Así me acerque a la plaza en busca de algo que comer y de algún sitio en donde calentarme. Mirándome pasar por las calles a tan temprana hora y sin sombrero, las gentes debieron figurarse que yo era de algún rancho inmediato.

En un portal pequeño unas mujeres vendían tazas de café y hojas de naranjo con sus buenos chorros de aguardiente. La primera que tome me hizo entrar en reacción, y a la segunda, olvide que andaba huido de la casa paterna y fortalecióse mi animo para seguir adelante como descubridor de un nuevo mundo. Apenas unas cuantas leguas me separaban de mi pueblo y ya pensaba que había realizado una proeza digna de los grandes conquistadores:

Julio Cesar + Hernán Cortes = Pito Pérez. A la tercera taza, mi capital exhalo el ultimo suspiro, pero mi fantasía encendió sus primeras luces. Desde el banco en donde me encontraba sentado, veía un comercio grande, muy surtido, quizás el mejor del pueblo, atestado de marchantes en aquella primera hora de la Mañana. Dos o tres dependientes, en mangas de camisa, atendían a los parroquianos, y un viejo calvo, ganchudo como alcayata, tal vez el dueño del negocio, escribía ensimismado sobre un libro de cuentas. En lo mas alto de las armazones de la

tienda, con sus faldas amponas y azules, alineabanse grandes pilones de azúcar, ostentando orgullosos su marca de fabrica: Hacienda del Cahulote.

Me vino la idea de apoderarme, por medio de un ardid atrevido, por demás de aquellas codiciadas pirámides. Entre al comercio y... dirigiéndome a uno de los dependientes, le pedí un centavo de canela. ¡Mi única moneda superviviente!

Cuando tuve la raja en la mano acérqueme al dueño del comercio, y enseñándole mi compra le pedí por favor, poniendo cara de perro humilde, un piloncito de azúcar.

—Que te lo den— contesto el viejo. Fui al otro extremo del mostrador y con tono garboso dije a otro de los dependientes:

—“Dice el amo que me de un pilón de azúcar”— apuntando con el dedo uno de los panes que moraban cerca del techo.

El dependiente, desconfiado, pregunto en voz alta a su jefe:

"—¿Se le da un pilón de azúcar a este muchacho?" A lo que el viejo contesto afirmativamente, sin levantar los ojos del libro y creyendo que se trataba de un piloncito con que endulzar una taza de canela.

El dependiente bajo el pan de azúcar y yo salí con el en brazos, acariciándolo cariñosamente, y me aleje de la tienda a toda prisa. Esta fue la primera

contribución que impuse a los tontos y mi entrada triunfal al país de los borrachos, porque las tazas que empine, cargadas de aguardiente, me hicieron el efecto de un sol esplendoroso. Desde entonces, por mi boca habla el espíritu... del vino y, como los profetas de la antigüedad, paso la vida iluminado.

—Se queja usted de su mala estrella, y, sin embargo, el robo del pilón de azúcar no le salió mal.

—Es que no fue robo, sino un préstamo obtenido con la venia de Dios. Yo no me quedo nunca con nada de nadie, sin elevar antes una solicitud mental al Supremo Creador de todas las cosas y, por tanto, dueño absoluto de cuanto existe. Si el Señor esta conforme con mi ruego, permite que yo me lleve el objeto que necesito, y si no lo esta, pone en guardia a su poseedor accidental y este evita, en la forma que mas le place, que yo consume mis propósitos.

—Pito Pérez, ¡es usted grandioso!

—Gracioso querrá usted decir, porque vivo y bebo de pura gracia. Pero no tengo mucha confianza en mi sistema, porque se de sobra que lo que la vida obsequia con una mano, lo quita con la otra.

En un tendejón de las orillas de Tecario vendí el pan de azúcar, y seguí adelante, temeroso de que algún policía amargara con su presencia tanta dulzura.

Con el pito en la boca pase por los caminos, por las veredas, por los atajos de los montes, sonando ¡iluso!—que enseñaría cantar a los pájaros pero los pájaros volaban asustados al oír aquellos sonos broncos de mi flauta de carrizo, y como una protesta prendían sus trinos en las ramas de todos los árboles. ¿Que cantaran los pájaros? ¿Que romanza divina, sin palabras, capaz de conmover el alma sorda de un borracho? ¡Espera, pajarito pasajero! —decía yo a laavecilla cautelosa, mirándola esconder en lo mas alto de un pino gigante— voy a tocar el miserere de "El Trovador", que aprendí de la música de Hilario, mientras el señor cura levantaba la ostia! Mas el pájaro tarareaba su Novena Sinfonía, y se alejaba sin hacerme caso...

Pian pianito llegue a Urapa, y en este pueblo rabón, situado ya en tierra caliente, me ofrecí como mancebo de botica.

"—¿Como te llamas, muchacho?"— preguntome el boticario.

"—Jesús Pérez Gaona, para servir a usted... si es que nos arreglamos".

"—¿Que sabes hacer?"

"—Píldoras" —conteste sin faltar a la verdad, recordando la frecuencia con que mis dedos exploraban mis fosas nasales.

"—¿Y que mas?"—inquirió el boticario,

midiéndome con la vista.

"——Jarabes medicinales patentados en el extranjero".

"——Pues voy a probarte unos días ——resolvió el viejo—— para ver si me convienes".

Entre a servir en la botica, animado de los mejores propósitos.

Era el boticario hombre de unos cincuenta años; llamabase José de Jesús Jiménez y pesaba ciento treinta kilos, después de haberse sometido a cuanto régimen le recomendaron para adelgazar. Cuando entraba en la botica apenas cabía dentro de ella, y a su paso, movíanse los frascos, los tarros y los botes, como agitados por un temblor de tierra.

No dejaba su casa ni para asistir a los actos religiosos ni para concurrir a las juntas del Ayuntamiento, y era de una Pereza tan peligrosa para su clientela, que hubiera sido capaz de sustituir en las recetas el jarabe de quina con la valeriana, con tal de no pararse de la silla de brazos en la que acomodaba su nalgatorio, igual que en un molde hecho a su justa medida. Como no podía tener vanidad de su cuerpo de barrica sin aros, o de su rostro, todo el convertido en papada, la tenía de haber cursado su carrera en una de las mejores escuelas del mundo, según pregonaba a toda hora, y a tal grado, que en el centro del rotulo de la botica, que

se llamaba Farmacia de la Providencia, había un círculo con una alegoría que representaba los atributos de la medicina, y este letrero dorado:

J. DE J. JIMENEZ.

Ex Alumno de la Escuela de Farmacia de Guadalajara.

Ex Farmacéutico del Hospital de San Juan de Dios.

Ex Discípulo de don Prospero López.

Una mano anónima, ocultándose en las sombras de la noche, escribió debajo de tanto título, este otro:

Ex Cremento.

La mujer del boticario se llamaba Jovita Jaramillo, y por las iniciales de su nombre y las de su señor esposo, a la botica le decían en el pueblo El Cementerio de las Jotas.

Era doña Jovita una mujer como de cuarenta años, flaca y amarilla, pero de facciones correctas y con unos ojos verdes que contrastaban con el color de su piel y con el negro zaino de sus trenzas. En sus doce años de matrimonio no había tenido hijos, y esto seguramente influyó en que se agriara su carácter y en

que fuera regañona hasta con su marido que, delante de ella, no alardeaba de cosa alguna.

Oí, cierta vez, que un amigo hizo alusión a la obesidad de mi amo, y el, bajando los ojos para contemplar aquella temblorosa montaña de manteca, suspiro tristemente, exclamando: ¡ Hace diez años que no veo a mi Jesúsito ni retratado en un espejo!

Comencé a granjearme la voluntad del matrimonio, trabajando afanosamente en cuanto me mandaban. Para proteger sus hábitos de Pereza el boticario se sentaba en su silla, y abanicándose con un periódico, pasaba los días diciéndome el contenido de los frascos y la aplicación mas usual de los medicamentos. No dejaba de recomendarme que en la preparación de las recetas empleara siempre las substancias similares mas baratas, por ejemplo, bicarbonato de sosa en lugar de pricolita, azúcar a cambio de antipirina.

"——Los médicos recetan cosas raras ——decía——, sobre todo si no tienen un tanto por ciento en nuestras boticas, pero la farmacopea nos ayuda a defendernos de sus artimañas, acaso en beneficio de la humanidad puesto que, simplificando las medicinas, matamos menor numero de personas. Aquí donde me ves, yo he ahorrado muchas vidas y algún dinerillo para mi regalo, haciendo pócimas de simple jarabe y píldoras de inofensivo almidón. Aprende, Jesús, sigue honradamente mi ejemplo y gozaras de' una conciencia tranquila y de una bolsa satisfecha".

Escuchando sus consejos comencé a preparar recetas caprichosas y a tomarle gusto al oficio, como el cocinero que pone un poco de fantasía al condimentar sus platos. En la farmacia, teniendo ciertas inclinaciones pictóricas, se pueden emplear sin peligro colorantes que alegren los ojos de los enfermos: el jarabe de rosas, el de grosella en las cucharadas del 1 y del 2, para los niños que padecen colerín. El verde vegetal convierte las píldoras en cabuchones de esmeralda, que las mujeres toman sin repugnancia, por su afición a los adornos y a las joyas. Pero lo que más satisfizo a nuestra clientela fue el uso del alcohol mezclado moderadamente en el agua hervida de las cucharadas, de los pozuelos y de los demás bebedizos.

A las primeras tomas los enfermos se animaban, cantaban, dormían bien, y algunos se escaparon de una muerte segura, con honra y fama para el médico que los asistía. Después, seguían surtiendo las recetas dizque para preservarse de todo género de dolencias. Como si me hubieran contagiado las enfermedades de todo el pueblo, yo daba el punto a tales medicinas, probándolas y saboreándolas lo mismo que los dulceros sus confituras.

En aquel empleo la cosa pintaba bien para mí: dormía en la trastienda, en un catre de tambor, con obligación de atender las llamadas nocturnas, para que don J. de J. no interrumpiera su apacible sueño; me alimentaban con la misma pitanza de los amos: en las comidas del mediodía un plato rebosante de caldo, otro de arroz, carne cocida y frijoles, al amo le doblaban la ración, y el calcio lo tomaba sorbiéndolo estrepitosamente de una sopera, después de aderezarlo con quince

cosas distintas: plátano, sal, limón, Chile, granos de granada, orégano, elote, aguacate, pedazos de tortilla, un chorro de vino tinto, otro de aceite, migas de pan francés, rodajas de huevo duro, cebolla y papas cocidas. El mismo, diariamente, preparaba tan variado merjurje, con un gesto supersticioso de sacerdote que celebra un extraño rito, ante los ojos indiferentes de doña Jovita que no paraba de quejarse de algún mal imaginario.

De los platos de antojo quintuplicabanle la ración, y maravilla pensar como no se derramaba el pozo de las defecaciones de aquella casa con los frecuentes viajes que a él hacía el señor boticario.

Al alcance de mi mano tenía los frascos de los cordiales y el cajón del dinero que prudentemente soportaba mis acometidas. Por algo le llaman don Prudencio los dependientes de las tiendas.

Además, Urapa es un pueblo chico, de pocos habitantes, y hasta Allí era difícil que llegaran las pesquisas de mi amantísima familia para conocer mi paradero. El pueblo, pues, resultaba un paraíso, sin la molestia de convivir con los animales de la creación, cada uno encerrado en su casa. Pero no hay paraíso sin tentaciones. ¿Desperté yo, por imprudente, las adormecidas dentro de aquel hogar, al contarles a los amos que en mi pueblo me llamaban Pito Pérez?

Quizá por asociación de ideas, una tarde doña Jovita gritó, desde el interior de su cuarto:

"——Muchacho, tráeme un poco de linimento".

Con mi cara de santo mojarro lleve el pomo de linimento a la pieza de la patrona que, tendida en su cama, boca abajo, quejabase pesarosamente. Según ella, le dolía un costado, la espalda, el cuello, y no resistía ni el peso de una mosca.

"——Es el reuma que me sube y me baja y me pone en un grito ——decía con voz de muchacho consentido——; pero mi esposo no se preocupa por mi salud, ni se acomode a darme una frieguita de algo. ¡Ay! ¡Aay! ¡Aaay! Por caridad úntame un poco de linimento en la espalda".

Y doña Jovita se enderezo para aflojarse los broches del corpiño.

Mi alma se encendió en una ardiente compasión para aquella infeliz mujer que tanto padecía, y con el pensamiento puesto en Dios, introduje mi mano por la abertura del vestido, comenzando al frotar suavemente la espalda desnuda. ' "

"——¡Así, así!" ——decía la enferma en tono suplicante.

Después, se volteo boca arriba, con los ojos cerrados, diciéndome dulcemente:

"——También en la cintura y en el pecho para calmar este dolor que me mata".

Mi mano comenzó a frotar, y al subir tropezó con dos sólidas cúpulas cuyos pezones endurecieronse sensiblemente.

"Así, así "repetía la enferma. Y echándome los brazos al cuello, atrajome sobre su cuerpo dolorido...

Haciendo un juego de palabras, de las cúpulas pasamos a las copulas.

Los efectos de las medicinas fueron sorprendentes y, tarde a tarde, gritaba la enferma desde el fondo de su cuarto, en medio de quejidos lastimeros:

"——Muchacho, trai el linimento".

Yo bajaba el frasco de su sitio y me aprestaba a cumplir devotamente con una obra de misericordia.

Entretanto, don J. de J. quedaba al frente de la botica, inmóvil en su silla de brazos. Mas un día, uno de esos días aciagos que yo debiera relatar con una voz equivalente a letra bastardilla, coincidieron tres marchantes premiosos, y el farmacéutico, haciendo un esfuerzo sobrehumano, entro en mi busca hasta el interior de la casa. Empujo la puerta de la alcoba, y al mirar lo que miro, quedose de una pieza. El susto me hizo bajar de la cama, como un sonámbulo, mientras doña Jovita rompió a dar alaridos, igual que si le arrancaran las tiras del pellejo.

Salí del cuarto tropezando con los muebles, mientras el boticario despertaba de su asombro y con una elocuencia arrolladora llamaba a su mujer puta, malagradecida y sonsacadora de menores.

Sin detenerme a recoger mis exiguos ahorros, abandone la casa por la puerta del corral, con tanto miedo a las iras de aquel marido coronado, que resolví dejar inmediatamente el pueblo, y si me hubiera sido posible, el globo terráqueo, sin atentar contra la vida.

Aquella noche, caminando por un largo camino, cavilaba tristemente: ¡Cuan breves son las fiestas de este mundo y como nos dejamos engañar con un señuelo! Iba otra vez a la aventura, sin casa ni sostén, y todo por haber olvidado la historia de la mujer de Putifar.

El cansancio del sendero haciéndome evocar la vida quieta y regalona de la casa del boticario: los platos sustanciosos, los tragos de la hemoglobina falsificada y los buenos pellizcos al cajón del dinero. ; Todo perdido para siempre por causa de la insospechada temperatura de la señora doña Jovita!...

—¡Es usted mas poeta que yo, Pito Pérez! Y, ¿a donde fue usted a parar, después de sus amores con la boticaria?

—Mariana se lo contare; ahora es precise que yo vaya a consolar, con unas copitas, las penas que hemos removido. Hablar del pasado es resucitar un muerto, y yo tengo valor de hablar con los muertos únicamente cuando estoy borracho.

Tendí el vuelo a La Huacana, dando un rodeo para no tocar la hacienda de San Pedro Jorullo, propiedad de unos paisanos míos, cuyo encuentro procuraba evitar, porque si me hubiesen descubierto, habrían corrido traslado a mi familia de mi aparición por aquellos rumbos.

De no vivir en una gran metrópoli, preferí siempre los pequeños poblados a las capitales provincianas, que son planteles de vanidad y asiento de extravagancias. Sus habitantes pueden ser clasificados de este modo; tres o cuatro familias dueñas de hacienda grande, que fue heredada o hecha al vapor en negocios usurarios; diez casas muy ilustres, arruinadas, y con las cómodas repletas de pergaminos, en donde consta que un bisabuelo fue Oidor, otro Coronel realista, otro cuñado del Conde de Cerro Gordo o sobrino del Marques de Sierra Madre. Estas dan el tono en las reuniones de la buena sociedad, en donde salen a relucir los pendientes que regalo la Emperatriz Carlota, o la mantilla de punto que uso la abuela cuando fue madrina de matrimonio de doña Lorenza Negrete Cortina de Sánchez de Tagle. Gente muy encopetada, que se pone en ridículo en todas partes por presumir de expedita, como sucedió cuando convidaron a Maximiliano para que visitara Morelia. Uno de los mas caracterizados vecinos de la capital michoacana, dándola de cortesano, pregunto al Emperador:

"——¿Como esta Carlotita?"

A lo que contesto el Emperador, muy circunspecto:

"—Su Majestad la Emperatriz esta bien".

Y decline la invitación de aquellas gentes que tan mal conocían el protocolo.

Después de esta casta de muñecos de oropel, vienen las familias de los empleados del Gobierno, las de los profesionales, las amas de los canónigos, y esa masa anónima de humildes menestrales que comen de milagro y cuyas hijas saludan en las serenatas a los pollos ricos, no se por que antecedentes o por que razones: adivínalo tu, buen adivinador.

En estas ciudades la miseria adquiere gestos trágicos, y los sinvergüenzas, como yo, no pueden vivir decorosamente. En cambio, los pueblos chicos son de mi gusto, porque en ellos el hombre se confunde con la naturaleza, o yo confundo la naturaleza con el hombre. Lo cierto es que me gusta vivir en los pueblos rabones porque en ellos soy primera figura, agasajado por gentes humildes que se honran con mi amistad y se divierten con mis platicas. Me he sentado largos días a la mesa de un ranchero pseudo, a quien tuve embobado con mis mentiras. Oyéndolas, no paraba de decirme, como los niños que escuchan un cuento fantástico: "—¿Y que mas, señor Pérez? ¿Y que mas, señor Pito?"

Hasta que se agoto el agua de mi noria y tuve que renunciar a una hospitalidad pagada con monedas de mi escasa inventiva.

En los pueblos pequeños, el rico es agricultor y el pobre campesino, que es la misma cosa, salvo Don Fulanito, el de la tienda, que roba a ambos, y Don Menganito que tiene botica y los limpia a todos: unas veces del estomago o del hígado, pero de la bolsa siempre.

Al anochecer el labrador vuelve del potrero, rendido por las duras faenas del surco, y en busca de un rato de conversación, acercase a la tienda de su compadre Gumersindo. Allí como de casualidad, cae también Pito Pérez, a quien, para que anime la reunión, ofrecen una copa. Su servidor comenta las noticias del periódico, repite lo bueno que ha oído decir de cada uno de los presentes, *cuidando de no tropezar con alguna palabra que desagrade al dadivoso*; y convite del uno, y convite del otro, Pito Pérez guarda en la barriga sus buenos tragos y una torta de pan con queso que el dueño de la tienda le da a hurtadillas, porque también el saca de la tertulia su buena raja.....¡Oh, los pueblos chicos, Jauja de holgazanes, paraíso de platicones!

—Pero ya no divague tanto, Pito Pérez, cuénteme lo que hizo al llegar a La Huacana.

—Sentarme en un banco de la plaza, debajo de unos tamarindos tan floreados que parecían un paño de tisú extendido por primera vez sobre la cabeza de un caminante.

Las campanas de la parroquia llamaban a misa y unas cuantas personas se dirigían parsimoniosamente al templo. Entonces pensé en Dios, como lo hacen todos los necesitados. Vamos a probar —me dije— que tal Providencia tienen estos de La Huacana, y de paso daremos una vuelta por el mercado para ver si el Señor pone algún comestible al alcance de mi boca.

Después de torcer calles inútilmente, A entre en la iglesia y me senté frente a un confesionario en que un sacerdote escuchaba el bisbiseo pecaminoso de una beata.

Al fijarme en la cara negruzca y cacariza del Ministro del Señor, lo reconocí en seguida: era el padre Pureco, de Santa Clara, a quien yo había ayudado muchas veces a decir misa. No pude contenerme y fui a hincarme tan cerca del confesionario que llegaban a mis oídos los consejos menudos que el padre daba a la penitente:

"—Ama a tu esposo como la Iglesia a Cristo; las casadas deben ser mudas; no discutas con tu marido aunque sea mas tonto que tu, como afirmas. Paga la penitencia y ve en paz, hija mía".

Le dio la absolución y volviéndose a donde yo estaba, dijo:

"—Reza el Yo pecador..."

"—Yo soy Jesús Pérez".

"——Ese no es el Yo pecador, ni te conozco".

"——Si me conoce, padre, yo soy Pito Pérez, de Santa Clara".

"——¿Tu eres Pito Pérez?—— exclamo el sacerdote con un acento que me pareció de alegría".

"——El mero Pito, señor, pero muerto de hambre".

——"Ve a la sacristía y espérame para que me digas lo que te pasa".

En la misa mayor del domingo que siguió a mi llegada, cuando el lleno de campesinos era mas imponente, el padre Pureco subió al pulpito a decir el sermón. Rezo primero una Ave Maria para que la Virgen lo inspirara, carraspeo, tasco bien la dentadura postiza y soltó el chorro de su elocuencia:

"En otras ocasiones, desde esta cátedra sagrada, os he explicado, hermanos míos, las virtudes teologales, pero me habéis oído con indiferencia, como quien oye llover y no se moja. Bien pocas son las virtudes teologales para que vosotros no las conozcáis, ——pero perdonadme, Soberano Señor Sacramentado—— dijo el padre Pureco, volviéndose al altar mayor——, tengo un rebaño de brutos que no entienden la doctrina cristiana. Una vez mas voy a explicaros lo que es la fe, lo que es la esperanza, lo que es la caridad:

"¿Que cosa es la fe? ¡Corazones de piedra, conmoveos! ¡La fe es una paloma blanca que llevamos oculta en nuestro tierno regazo! Pero hay que despertarla para que ella nos guíe a las puertas de la gloria, y para despertarla, es necesario arrojar primero de nuestros corazones el gavilán del pecado, porque si lo dejamos Allí acabara por devorar a la inocente palomita.

"¿Y la esperanza? ¿Habr  algo mas hermoso que la esperanza? ¡Solo Maria Santísima es mas hermosa que ella! ¿Que cosa es la esperanza? Fijaos bien y grabad mis palabras en vuestros corazones; es la segunda virtud teologal, y es tan dulce repetir con el Señor: yo tengo esperanza de enderezar mis pasos, de limpiar mi conciencia, de conocer a Dios. Hasta en las cosas materiales ¡es tan grato tener esperanza! Porque no es pecaminoso, hermanos míos, decir con el pensamiento puesto en Dios: yo tengo esperanza de tener una casita, y mujer, y muchos hijos, que son la bendición del sagrado vínculo; tengo esperanza de sacarme la lotería; yo tengo esperanza de que el día de mi santo mis fieles me compren una sotana nueva y un reloj, que tanta falta me hacen.

"¿Y la caridad? Bien claro lo indica su nombre: Caridad, dad, dad. ¡Por algo es la mayor y la mas grande de las virtudes! Pero, ¿que entend is vosotros de cosas divinas, por mas que el Espíritu Santo inspire mis palabras? Porque yo quiero iluminar la cerrazón de vuestro entendimiento con la luz indeficiente de la verdad, pero —con tu permiso, Soberano Señor Sacramentado— sois un hatajo de pendejos. No, no puedo retirar lo que he dicho, hasta que demostr is que vuestra fe existe, que vuestra esperanza vive y que vuestra caridad se manifiesta —con

los hechos. Ya sabéis que mi celebración es el 24 de agosto. Id en paz en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen".

El padre Pureco bajo del pulpito poseído por el fuego de la inspiración y no se dio cuenta de que el alba se le había enganchado en un clavo de la puerta, hasta que sintió la desgarradura, y sin pedir permiso al Soberano Señor Sacramentado, lanzo un carajo tan rotundo como una bofetada.

Nos dirigimos a la casa, y a la hora de la comida, como no queriendo abordar el asunto, el padre Pureco me pregunto:

"——¿Que te pareció mi sermón, Pito Pérez?"

"——Muy bien, padre, sobre todo esa figura tan bonita de nuestro tierno regazo; pero le faltó lo principal para conmover a los fieles: el latín, que es lo único que hace llorar en el templo a los piadosos oyentes".

"——Es cierto, Pito, pero ya no recuerdo las citas de los Santos Padres de la Iglesia".

"——Yo puedo servirle en eso, y en otras muchas cosas, padre" ——le dije, con el afán de conquistármelo. Vera usted: le apuntare las oraciones en latín, usted se las aprende y las suelta en los sermones, sin pedir permiso al Señor Sacramentado, en lugar de esas palabras tan duras que acaba de proferir".

"—Te diré: solo los domingos hablo así, porque es el día que bajan los rancheros a misa y no entienden de otra manera".

"—Ahí está el chiste, padre, que no le entiendan para que piensen que es usted un sabio. Los médicos también llaman a las enfermedades por sus nombres científicos delante de los dolientes, porque si les dieran sus nombres vulgares, los enfermos se atenderían solos, con infusiones de malvas o con ladrillos calientes".

Convencí al padre Pureco y me puse a buscar sentencias en latín. Encontré un diccionario con locuciones en dicho idioma; pero como quería hacerme el indispensable, forre el libro con un periódico para que el padre no se diera cuenta como adquiriría yo tanta erudición, y en tiritas de papel copiábale las sentencias que, a mi juicio, podían utilizarse, trocitos de papel que Pureco sacaba del breviario, cuando estaba en el pulpito, como esos pajaritos amaestrados que dicen en las ferias la buenaventura.

Cuando me veía leer a hurtadillas, imaginabas el padre que lo que yo traía entre las manos era alguna novela pornográfica y me reprendía severamente, aunque con cierta sonrisa socarrona en los labios.

No muy seguro de lo que decía, y temeroso de ofender a Dios, el padre Pureco siguió diciendo: Con tu permiso, Soberano Señor Sacramentado, antes de soltar algún latín de los que yo le suministraba.

"Hermanos en. Jesucristo: me duele vuestra ingratitud con el Divino Salvador. Venid todos y sus plantas como lo mandan los Evangelios: *bonum vinum laectificat cor hominis*. Yo quiero solamente vuestra salvación; pido para vosotros las gracias del Supremo Juez y ante El quiero interceder y decirle: perdónales, Señor, aquí los tienes *inpoculis* y arrepentidos".

—Equivoco usted los papelitos, padre, y llamo borrachos a los fieles— decíale yo cuando descendía del pulpito.

"—No importa, Pito, antes les decía peores cosas y no se daban por ofendidos".

Yo no se si seria por el uso del latín, o por una mera coincidencia, el caso es que los feligreses comenzaron a dar muestras de mayor respeto para su pastor espiritual, y este a sentirse mas engreído y a estirarse, como cualquier funcionario, a tal extreme, que a mi mismo aplicabame los latines que le enseñaba, y con mayor acierto que en el pulpito. Antes de mandarme alguna cosa, decia: *Noc volo, sic jubes, sit pro ratione voluntas*.

Tanto despotismo, chocante a mi natural rebeldía; el no gozar de ningún sueldo, y el tirantito de embriagarme de cuando en cuando, pues ya le había tornado gusto al vino y el padre no me dejaba ni olerlo, hicieronme pensar en salir de aquella casa para probar fortuna en otro sitio. Una enfermedad cayome encima, que vino a fortalecer mis proyectos de abandonar La Huacana: las calenturas intermitentes.

A la hora de la fiebre temblaba mi cuerpo como si lo cernieran, y después, no tenía ánimos ni para llevarme el pan a la boca.

Me resolví, pues, a dejar al padre Puerco enredado en la malla cada vez mas espesa de sus latines; y a una escultura de la Virgen de la Soledad que tenían con mucha veneración en el templo, le quite dos o tres milagros de oro, para llevarlos como recuerdo de tan bella imagen, pero, muy a mi pesar, tuve que venderlos en el camino. Puedo, pues, afirmar a los incrédulos que he palpado milagros patentes y aun he vivido de ellos.

Sintiéndome agotado y tan triste que ya no tocaba la flauta, preocupándome solamente la idea de encontrar la forma adecuada de llegar a mi casa sin peligro de reprimendas y castigos.

De La Huacana hice dos días a Ario, y otros dos de este pueblo a Santa Clara, pernoctando en los montes, tan debilitado por la fiebre y por el cansancio, que las estrellas me parecían cirios mortuorios temblando en torno de mi cadáver.

Hubiera podido llegar a mi tierra con el sol muy alto, pero creí prudente esperar a que anocheciera, para no llamar la atención por las calles del pueblo.

De seguro —pensaba yo— tendré que comparecer ante un consejo de familia; mis hermanas me increparan, mi madre Herlinda intentara castigarme; lloraran después, y calmada la tormenta, quizá escuchen con interés el relato de

mis viajes, y acabaran por matar un cordero para festejar la vuelta del Hijo Prodigio.

Sentado en una piedra del camino espere a que la tarde se apagara, y como un perro derregado, baje lentamente hasta mi casa y llame al zaguán con mas susto que vergüenza.

Una de mis hermanas abrió, diciéndome:

"——Pasa" ——con la naturalidad que si me hubiese visto salir unos cuantos minutos antes.

Nadie se manifestó extrañado de mi presencia; nadie me pregunto de donde venia, ni si pensaba quedarme. Yo fui, mas bien, el que dijo a Concha, notando en ella alguna preocupación:

"Te siento triste, hermanita".

"——Estoy preocupada por que anoche Sofia que había puesto, con muchos trabajos, un huevo muy grande, y me asusta pensar en que mi pesadilla resulte cierta".

De pronto, caí en la cuenta de que Concha parecía gallina con anteojos, y de que en nuestra familia todos teníamos algo de animales mi madre Herlinda, carita de

perro; María el aspecto de una tuza; Lola facha de tarengo mojado; Joaquín, de inocente conejo, y yo, de rata cautelosa.

¡Delirios de calentura! Pero, ¿que clase de fiebre era la de Concha que temía poner huevos?...

¿Y ya se estableció usted de nueva cuenta en su pueblo?

—Flor una temporada nada mas, porque se hace vicio rodar por el mundo, y yo no renunciare a mis viajes, aunque solo sean de aquí a Opopeo. Así como la comida de la casa ajena nos resulta mas sabrosa, el vino de otros pueblos para los borrachos tiene un sabor mas incitante.

Al llegar de nuevo a mi tierra, encontré como novedad que en el changarro de Solórzano había, noche a noche, concurso de borrachos.

Un tal José Vásquez, secretario de los juzgados y a quien yo no conocía, por tener poco tiempo en el pueblo, ocupaba el primer lugar. Según decían era un fenómeno para eso de soplarles a las botellas, dejando muy atrás al sordo Juárez, a don Pedro Sandoval y a don Alipio Aguilera, quienes gozaron antes de gloria y fama.

Picome la curiosidad por conocer al campeón, y una tarde fui a esperarlo a la tienda de Solórzano. Llego Vásquez y pidió que se le sirviera un refresquito. Llenaron de aguardiente un vaso grande y Vásquez se lo empino de un sorbo, como si fuese garapiña.

Presentaronme con el y al oír que los de la reunión me llamaban Pito, pensó quizá, que mi apodo era diminutivo cariñoso de Agapito, y comenzó a decirme con mucha amabilidad: don Pito por aquí, don Pito por allá, provocando la risa de todos.

"——Señor don Pito, dicen que usted conoce medio mundo".

"——De la jurisdicción de la Biblia, excepto a Sodoma, conozco Ninive, Jerusalén, Babilonia. De este hemisferio conozco Tecario, Ario, La Huacana y otros puntos mas cuyos nombres, por ser muchos, no retengo en la memoria. ¡Pueblos que parecen ranches; ranches que parecen ciudades!"

Recordando que el dueño de la tienda era oriundo de Patzcuaro y nos escuchaba atentamente, exclame con gran prosopopeya:

"——Pero la metrópoli que mas me gusta es Patzcuaro. ¡En donde una ciudad con una tristeza mas poética! ¡En donde un lago como el suyo, mineral liquido, cuya veta de peces de plata es inagotable! ¡En donde un panorama mas hermoso que el que se descubre desde la cima del Calvario, que abarca todo Michoacán, y si apuramos un poco la vista, hasta las torres de Guadalajara, único en el mundo, por la diafanidad del aire en los contados días que no llueve! ¡En donde una virgen mas milagrosa que la de la Salud, que concede cuanto se le pide!" "——¿Verdad, señor Solórzano?" ——interroga al dueño del establecimiento, a quien le temblaban los bigotes de pura emoción al oírme exaltar con tanto calor a su tierra.

Yo sentí que maduraba dentro de mi cabeza un plan diabólico:

"——Mire usted, señor Vásquez, vamos a pedir de beber a la Virgen, y si realmente es milagrosa, ella proveerá lo necesario. Estoy seguro de que la Virgen

no quedara mal por una bagatela como la que vamos a pedirle, pues su negativa seria un baldón para Patzcuaro".

Junte las manos devotamente, como si rezara con los ojos puestos en el techo, y la flecha dio en el blanco, o sea, en el sentimiento religioso de Solórzano, que se apresuro a servirnos sendos vasos del Tancitaro mas puro, fabricado de contrabando por el, en la trastienda de su acreditado comercio.

La Virgen realizo el prodigio diez veces seguidas, hasta que el secretario clavo el pico, dormido sobre unos cajones, y yo di con mi casa de pura casualidad.

Pretendí alguna otra vez despertar el amor propio de aquel místico tabernero, pero la Virgen no repitió el milagro, quizá porque no lo pedí con la fe requerida.

Por aquel entonces la cruda suerte aun no alteraba mi pulso y era yo poseedor de una letra hermosa, redonda y clara. Cuando Vásquez, el secretario, la conoció, invitome a servirle de amanuense, lo que acepte porque creí que, siendo camaradas de borracheras, nos llevaríamos bien a la hora del trabajo. ¡Que bah! Vásquez era de esos funcionarios que aprovechan al subalterno para todo, sin manifestarse jamás complacidos, y que se visten con las ideas de los otros. Yo

decía mi parecer ingenuamente, al hablar de los negocios del Juzgado, y el soltaba después mis opiniones como si fueran suyas, con el preámbulo de siempre: "a mi humilde juicio..."

Para hacer el estudio de los necios, en general, me basto conocer al juez y al secretario, y ahora ya se que lo que cambia en los hombres es la dimensión de sus empleos, pero que el tonto o el sin vergüenza, lo mismo lo son de alcaldes de un pueblo que de ministros en la capital de la Republica.

En una oficina del Gobierno se aprende mucho. Resístase uno a creer que los funcionarios públicos sean tan vanidosos, y los que los rodean tan serviles y aduladores.

A propósito, contare una sencilla anécdota: Un Presidente de nuestra Republica, demócrata y bueno, tenia un amigo de la infancia que vivía soterrado en su pueblo y nunca lo había pedido nada. Pero sucedió que el amigo tuvo que ir a la capital a curarse, por prescripción del medico del pueblo, y entonces se dijo muy ilusionado.

"—Ahora aprovechare para saludar al señor Presidente y, de paso, pediré a el, que es tan generoso, ayuda para algunos de sus viejos amigos; no para mi que, gracias a Dios, no la necesito".

Ya en la capital, el amigo comenzó a echar viajes a Palacio y a conocer el suplicio de las antecámaras durante todo el tiempo que le dejaba libre su medico.

Ante su lugareña curiosidad pasaban los ministros y los mas altos dignatarios de la Republica, mirando con la vista a los pobrecitos mortales que parecían hongos nacidos para morir en la penumbra de las antecámaras. Pasaban, repito, personajes

con las carteras debajo del brazo y, saludando apenas entre dientes, abrían la puerta del despacho presidencial y se perdían en el misterio. Después de algunas horas, los funcionarios volvían a aparecer en la puerta, y con los mismos aires de grandes visires, atravesaban de nuevo las antesalas, rodeados de sus clientes y agasajados por sus amigos.

Uno de tantos días, enterose el señor Presidente de que su amigo de la infancia, aquel muchacho tristón y humilde a quien desde hacia tantos años no veía, solicitaba audiencia.

"Que pase mi amigo —ordenó al ayudante de guardia, y el amigo pasó satisfecho y conmovido, encontrando al señor Presidente en compañía de algunos de aquellos señores que él había visto pasar por las antesalas, orgullosos y levantados.

"—Aguarda unos momentos" —dijo con amabilidad el Primer Magistrado.

El visitante acomodóse en un rincón del despacho, en espera de que el señor Presidente se desocupara para charlar con él a sus anchas y hacer recuerdos de los días lejanos; mas notó, con sorpresa, que los señores allí presentes no se parecían en nada a los que él veía pasar por las antesalas. Estos hablaban en voz baja, con las cabezas hundidas entre los hombros; caminaban de puntillas y salían del despacho como si salieran del cuarto de un enfermo grave.

El Presidente, por fin, quedo solo, y dirigiéndose a su amigo, le dijo:

"—Acércate, ¿que haces por aquí? ¿En que puedo servirte?" Pero el amigo contemplaba ensimismado la puerta del despacho, moviendo tristemente la cabeza.

"—¿Que cosa ves?" —interrogo el Presidente.

"—Esa puerta que separa lo real de lo ficticio, la puerta de las simulaciones, de las metamorfosis. Antes de entrar por ella los altos funcionarios esconden los anillos, los gestos, las ideas. Allá, afuera, son otros que olvidan tus doctrinas y te traicionan hasta con su porte. Afuera, desprecian a todos los hombres; aquí, adentro, no saben como hablarle a un hombre. ¡Pobre pueblo! Y dime, ¿quien tiene la culpa, tu o ellos?..."

El señor Presidente creyó que su amigo se había vuelto loco, y lo dejo salir de la estancia sin tenderle la mano para detenerlo.

El relato no viene a cuento, y si lo traigo a colación, es porque me acuerdo de Vásquez y del juez, que me hicieron abominar de la justicia de este mundo con todas sus triquinuelas y sus maldades.

¡Pobres de los pobres! Yo les aconsejo que respeten siempre la ley, y que la cumplan, pero que se orinen en sus representantes.

Y el amor, Pito Pérez, ¿ha sido con usted generoso, o ingrato?

—Amigo, no ponga usted el dedo en la llaga, ni miente la soga en casa del ahorcado. El amor es la incubadora de todas mis amarguras; el espejo de todos mis desengaños. Ha influido en contra mía de tal manera, que otro gallo me cantara si en el amor hubiera encontrado estímulo para luchar por algo o por alguien. Dicen que tira mas una mujer que una, yunta de bueyes, lo creo pero conmigo han ensayado las mujeres su fuerza de repulsión y no la de atracción. Aquí, en la intimidad, confieso a usted mis culpas que, por otra parte, no son un secreto para nadie. Borracho y tramposo, el amor me hubiera regenerado, pero ese diosecillo impertinente jamás se acerco a mi con intenciones de redimirme, sino de escarnecerme, Con sus manos de niño inocente rompió todos los resortes de mi voluntad.

¿Que voy por la vida sucio, greñado, desgarrado? ;¡Y que importa si no tengo con quien quedar bien!

¿Que no trabajo? ¡Que mas da, si nadie tiene que vivir a mi costa!

¿Quien se ha interesado por mi con algún sentimiento afectuoso? Usted mismo, a quien estoy contando mi historia, ¿se ha preocupado por conocerme, por estudiarme con alguna indulgencia? No, usted quiere que yo le cuente aventuras

que le hagan reír: mis andanzas de Periquillo o mis argucias de Gil Blas. Pero, ¿ya se fijo usted que mis travesuras no son regocijadas? Yo no soy de espíritu generoso, ni tuve una juventud atolondrada, de esas que al llegar a la madurez vuelven al buen camino y acaban predicando moralidad, mientras mecen la cuna del hijo. No, yo seré malo hasta el fin, borracho hasta morir congestionado por el alcohol; envidioso del bien ajeno, porque nunca he tenido bien propio; malediciente, porque en ello estriba mi venganza en contra de quienes me desprecian. Nada pondré de mi parte para corregirme. Solamente los cobardes ofrecen enmienda, o se retractan, y yo no haré ni una ni otra cosa. La humanidad es una hipócrita que pasa la vida alabando a Dios, pretendiendo engañarlo con el Jesús en los labios y maldiciendo y renegando sin piedad del Diablo.

¡Pobrecito del Diablo, que lastima le tengo, porque no ha oído jamás una palabra de compasión o de cariño! ¡Los hombres son realmente aburridos, insoportables. Cuando se dirigen a Dios, lo hacen con formulas escritas para cada caso: Ayúdanos, Señor, danos el pan de cada día; ¡ten misericordia de nosotros!... Para librarse del dolor ocurren a Dios, como al dentista; pero para la disipación, buscan vergonzantemente al Diablo y se anegan en todas las delicias del pecado, sin que Satanás oiga alguna vez un ¡gracias, Diablo mío! por el contrario, aun tiene que escuchar como los hombres, después del goce prohibido, dan gracias a Dios por el placer que obtuvieron.

Yo no se que Fausto agradeciera al Diablo la juventud, el amor y el dinero que recibió de sus manos.

El Diablo habita en círculos de sombras, luchando contra el odio y la envidia, ajeno a toda caricia, a todo sentimiento de ternura.

El Diablo no conoció calor de madre; Jesús nació de una virgen toda pureza, toda amor.

El Diablo pudiera odiar el mal y amar el bien, pero no es dueño de su albedrío; el fue condenado a amar el odio y a odiar el amor, y jamás romperá su destino.

Jesucristo murió una sola vez, con todos los dolores humanos; el Diablo padecerá, por los siglos de los siglos, sus suplicios y los que Dante le invento. ¡Pobrecito del Diablo, que lastima le tengo!...

—Pito Pérez, perdone que interrumpa sus disquisiciones diabólicas, pero estoy ávido de saber como fueron sus éxitos y sus desastres amorosos.

—Pues bien, ya que usted se empeña, voy a contarle cuantas veces y de que manera el amor se ha burlado de mi, pero no espere hallar idilios engarzados en hilos de luna, con cartas extraídas de algún libro de Lamartine o de Víctor Hugo. Mis amores fueron de pueblo, vulgares, y el mas profundo, el de mi niñez, murió en secreto, sin que el ser amado hubiera entendido mis declaraciones musicales.

Ella vivía frente a mi casa y se llamaba Irene,

¡Irene!, lo mas bonito de su persona. Era tres o cuatro años mayor que yo; alta, delgada, color de raja de canela, con unos senos que parecían dos peritas robadas y ocultas debajo del corpiño.

En su casa pasaban grandes privaciones.

El padre, un arriero sin hatajo; la madre molía chocolate para las tiendas.

Irene solía llamar a la puerta de mi casa para pedir prestado, roja de vergüenza, un puñado de sal o un terrón de azúcar. Algunas veces iba descalza y viéndole los pies y el nacimiento de las piernas, despertaronse mis primeros pensamientos voluptuosos.

Desde el zaguán de mi casa se podía ver el interior de la suya: dos camas sin colchones, una mesa sin barnizar y un banco viejo, cargado de macetas rotas, por cuyos agujeros salían las flores como salen los dedos de los niños por un zapatito hecho pedazos.

Todas las tardes, al oscurecer, Irene asomaba a su puerta, y el pito de Pito Pérez entonaba su amorosa canción:

"Te amo en secreto, si lo supieras nunca me hirieras con tu desdén...——"

"—Ahora si debe haberme comprendido" —pensaba yo, al acostarme, dibujando en mi cerebro las dos peritas de San Juan, ocultas bajo la blusa, y aquellos pies desnudos que las piedras de la calle trataban con tanta crueldad.

Un ario largo de pasión, un año de conciertos y de miradas tiernas, sin resolverme a decir una palabra; pero llegaron las vacaciones y con ellas mis hermanos los colegiales, Joaquín, el que estudiaba para cura, y Francisco, el que pretendía ser abogado y resulto ser mi rival, pues una noche lo sorprendí besando a Irene, a quien, como supe después, había besado ya en las vacaciones anteriores.

Corrí al corral sollozando por la muerte de mi primer amor. Y mi hermano Joaquín entro en mi seguimiento:

"—¿Lloras, Jesús? —me dijo. ¡Ya se por que! Lloro cuanto quieras, que el amor se deshace con lagrimas..."

—¡Y dicen que la música doma a las fieras, Pito Pérez!

—A las fieras, no lo dudo; pero las mujeres son torcazas cuyo corazón esta defendido por una rodela de plumas que embota los dardos mas venenosos.

Ya escucho usted el capitulo cursi de mi frustrado idilio; ahora vamos a la comedia que, entre risas y burlas, también rompiome un ala.

Yo tuve un tío con tienda en la plaza, perilla a la Napoleon III, sombrero de copa y mas tonto que el puno de un paraguas. Discúlpeme usted si paso por alto algún otro detalle de su filiación. Mi madre Herlinda hablo con mi tío para que yo entrara a su tienda como dependiente. El accedió después de darme larga una platica sobre la honradez, insinuando que la mía andaba en tela de juicio desde el robo al Señor del Prendimiento, y agrego algunas consideraciones sobre el merito y las ventajas del abstemio. Fui a la tienda dispuesto a ser mas honrado que San Dimas, el autentico, y a no ingerir sino lo preciso para mantener incorrupto el cadáver de mi ultima esperanza.

Mis propósitos de honradez duraron hasta que supe que mi tío asignabame por único salario la comida, no muy abundante, por cierto. El trabajo era duro: haciame poner en pie a las cinco de la Mañana y caer rendido a las once de la noche. En cuanto a la bebida, me las compuse de manera de estar chupando todo el día, en las propias barbas de mi tío, asegurando que lo que tomaba eran medicamentos que surtía en la botica, y para corroborar mi dicho, envolvía el pomo en papel oscuro y le pegaba las tibias y la calavera con que suelen señalarse las substancias venenosas.

Para que el olor no me denunciara mezclaba al aguardiente algunas gotas de esencia de clavo.

Consumía diariamente una botella de tal medicina, recordando a los enfermos de Urapa en donde puse de moda tan original terapéutica.

por las noches las cucharadas se me subían a la cabeza y yo veía la tienda menos oscura y con ojos de piedad a los marchantes, al grado de que hacia correr en su favor el fiel de las balanzas. Los muy ladinos lo notaron y hacían cola para surtir sus despensas momentos antes de cerrar "El Moro Musa",— que era el nombre de nuestro establecimiento.

Mi tío tenía varias hijas, tan diferentes entre si como si hubieran sido de padres distintos: altas y rubias, morenas y bajas. Llamabase Ghucha la mas tostada de color; parecía una monita traviesa, sombreada de vellos y con unos dientes de ratón, blancos y menuditos.

Aprovechando la circunstancia de que mi tío dormía las siestas, entraba Chucha al almacén, sonreíame coquetonamente y acercabase a don Prudencio, del que extraía sus dos o tres monedas de plata. Ella decía que tal contribución era para los pobres de la Conferencia, pero yo notaba que Chucha era la mas bien vestida de mis primas y que nunca le faltaban cintas finas de vistosos colores en el pelo.

Después de las sonrisas vinieron las conversaciones y las preguntas sobre los secretos de mi vida.

El amor volvió a al. cazarme con una de sus flechas envenenadas, pero esta vez tuve el atrevimiento de confesarlo al objeto de mi pasión, aunque en un sitio desprovisto de toda poesía: en la trastienda, oliente a tabaco mije y a sobron revenido.

Con voz queda y temblorosa formule mis amantes querellas:

"—Acercate, Chucha, yo te quiero..."

"—¡Yo también te quiero, Pitito!"

Una tarde, atrenchilada con un tercio de salvado; intente darle un beso. Ella retiro con presteza su boca y la mía le hizo cosquillas en el oído.

"—¿Te duele alguna muela, Jesús? Hueles a esencia de clavo".

¡ A esencia de borracho debí olerle, según la rapidez con que retiro su boca de la mía!

Mis manifestaciones de cariño hacia Chucha y mis sacrificios por ella, aumentaron copiosamente: le guardaba las monedas de plata mas nuevas que caían al cajón del dinero; compre un cepillo de dientes; reduje las cucharadas de alcohol a "cucharaditas" cafeteras, y no volvió a rogarle que cuidara de la tienda cuando yo necesitaba visitar los apartados y malolientes rincones de la casa. ¡OH, amor gozoso, pleno de abnegación!

La enfermedad fue acentuándose hasta convertirse en un serio peligro, sobre todo para la estabilidad económica del negocio: A Ruperto "El Ocote", quien tenia reputación de buen carpintero, le abrí trato para que me hiciera una cama de matrimonio, ancha y resistente, a cambio de clavos, cola y demás materiales de su

oficio, de los que nosotros teníamos en existencia. Preguntome "El Ocote" con curiosidad:

"—¿por que quieres el catre tan fuerte? ¿Es que te vas a casar con doña Justina, la del mesón, que pesa once arrobas?"

Yo deseaba un lecho muy amplio para poder dormir a respetable distancia de la que iba a ser mi esposa, a fin de que no se diera cuenta de los olores de mi aliento, perfumado con tequila, mezcal, charanda y todas las esencias finas de la casa.

Decía a Chucha, poniéndome serio:

—¿Cuando me das las medidas de tu ropa para mandar hacer las donas?..."

Noche a noche proponíame hablar con mi tío para ponerlo al tanto de mis relaciones con su hija y pedirle su venia para el casorio; pero al hallarme en su presencia faltábame valor, impresionado por su perilla que le daba aspecto de retrato antiguo. En vista de que los días pasaban y no tenía valor de enfrentarme con aquella trinidad ingenita, compuesta por mi tío, mi patrón y mi suegro, decidí comisionar a don Santiago, nuestro vecino, para que, según costumbre en nuestra tierra, pasara a pedir la mano de Chucha. Don Santiago era un solterón rico y respetado, calvo y ventrudo como la mayoría de los ricos de pueblo.

Don Santiago escucho atentamente mi suplica y se hizo repetir varias veces el nombre de aquella que iba a pedir:

"—Chucha, ¿no?, esa vivaracha, muy cantadora".

La noche que convinimos presentose don Santiago a la petición de mano, muy limpio y rasurado y con su bastón de *puno* de cuerno en la diestra. En el colmo de la emoción olvide mis propósitos de temperancia y, a boca de frasco, empine no menos de un cuartillo de mezcal.

Estirando las orejas rumbo a la sala, me pareció que la conversación tomaba un giro de cordial entendimiento. Hasta la tienda llegaban las risas de don Santiago y las de mi tío, cascadas y campanudas como de actor viejo. Llamaron a Chucha para que interviniera en aquella conferencia tripartita.

"Ahora le estarán preguntando si me quiere

—pensaba yo sufriendo de gozo; ahora, responderá ella tímidamente que si; ahora le estarán diciendo los padres, como es costumbre, aunque no sea cierto, que la dejan en libertad para elegir esposo y le recordaran que en su casa no carecerá de cosa alguna, por si quiere desistirse del matrimonio; ahora, estarán señalando un plazo discreto para la boda"; y como si la realidad obedeciera a mis pensamientos, oí la voz de don Santiago que se despedía, (dando las gracias, y vi entrar en la tienda a mi tío, sonriente y satisfecho.

"Me va a decir algo cariñoso —pensé un poquillo cortado —me va a abrazar"; pero fuese rumbo al comedor, con una botella en la mano, sin decirme cosa alguna.

Después de cerrar la tienda salí a buscar todo anheloso a don Santiago, a quien halle sentado en un equipal en la puerta de su casa y muy satisfecho, fumando un puro.

"—¿La dieron, don Santiago?" "—¡La dieron, hijo, la dieron!" "—¿Y que plazo para la boda?"

"Ninguno. Pero debo advertirte una cosa, de poca importancia, esperando que no te molestara. Pedí la mano de Chuchita para mi, reflexionando que eres muy joven para echarte a cuestras semejantes obligaciones". Y levantándose del equipal don Santiago me dio las buenas noches muy fino, y con la puerta en las nances.

Cuando regrese a acostarme, todos los frascos de la tienda temblaron; las botellas tuvieron temor de ser violadas, los barriles creyeron llegada su última hora, hasta que, al fin, Baco se compadeció de mi y me durmió en sus brazos como en los de un padre cariñoso.

En los días siguientes Chucha se hizo la desentendida, rehuendo hablar de aquella cosa sin importancia. Entraba a la tienda, estaría los tostones del cajón del

dinero y salía enseñándome como antes, sus dientes blancos de monita inconsciente y traviesa.

Pocos días después de la petición de mano, dijo mi tío que iría a Morelia al arreglo de algunos negocios y que yo quedaría al frente del establecimiento. Gozando de aquella libertad y del producto de las ventas, organice bailecito en los barrios apartados y comencé a fiar mercancías sin apuntarlas en ningún libro para no caer en la pichicatería de todo comerciante. Dios había tocado mi corazón y sentía, por primera vez, el regocijo de ser generoso con los necesitados. Los tramos de la tienda a medio vaciar, hablaban muy alto de mi desprendimiento, y yo miraba desaparecer sin dolor los bienes terrenales, embriagado por el deífico ejercicio de dar, o por el alcohol que ingería devota y abundantemente.

Regreso mi tío de su viaje, y al mirar los almacenes destartados, frotose las manos satisfecho.

"——¿Que ocurrió con las mercancías?¡Por lo que veo, vendiste mucho!"

"——Se han vendido, tío".

El amo encaminose derechamente al cajón de las ventas, y al hallarlo vacío pregunto con cierta inquietud:

"——¿En donde está el dinero?"

"——Se acabo en dar vueltos, Señor"——, conteste modestamente, intentando ocultar mis buenas acciones porque, como dice la Biblia: que no sepa tu mano izquierda lo que da tu derecha.

Mi tío no quiso hacerse cargo del merito de mi conducta, y temblándole de rabia la perilla, hecho un basilisco, corriome injustamente de su casa. Yo salí de ella omnia mecum porto, como hubiera dicho el padre Pureco.

Di a Chucha por muerta, y cuando su recuerdo me importuna, aun ahora que ya es madre de muchos hijos, me visto con una levita negra y un sombrero de copa muy deteriorados, y voy al cementerio a llevarle flores, que deposito en una tumba imaginaria.

Se que Chucha se molesta cuando las amigas le dicen que Pito Pérez le lleva coronas a su sepultura. En cuanto a don Santiago, me ve pasar con ojos entristecidos por la envidia y murmura en voz baja: "¡Lastima que no sea verdad tanta belleza!..."

Para que acabe usted de convencerse de que mi sino es desdichado en el amor, le contare mi ultima aventura, que resulto tragedia salpicada de sangre.

Doña Cliseria y su sobrina Soledad se sostenían de vender en el zaguán de su casa el maíz del diezmo. Por aquella época yo no tenia mas ocupación que estudiar mi papel de Ermitaño en el drama de Zorrilla, "El Puñal del Godo", que se

iba a llevar a la escena para festejar el onomástico de un vecino pudiente del pueblo. A la hora de los ensayos se charlaba, se reía, se bebía y se contaban cuentos picantes. Por cierto que esta voz sentenciosa que tengo, la debo, en parte, a aquella representación, pues tome tan a pecho mi papel que a su influencia teatralizaronse todos los actos de mi vida, perdiendo el sentido de la naturalidad. Recuerdo que en aquella velada silbo maravillosamente un trozo de opera el padre Buitron, y José El "Güero" recito unos versos de su cosecha. Pero regresare a mi Soledad y a su tía doña Cliseria.

He oído decir que hay toros de bandera y que se llaman así porque dan un juego brillante en todos los tercios. Doña Cliseria era uno de esos toros y llegaba a la suerte final con mucho empuje y muy altos los pitones.

Soledad, su sobrina, heredaba los arranques de la tía, y alegre y coqueta, pasabase la vida con el cigarro en la boca y punteando la guitarra.

Cuando me veía pasar frente a su casa, gritabame con su natural desparpajo:

"——Pito Pérez, ven. Te damos una copa y te cantamos una canción si nos haces la cuenta del maíz vendido esta semana .

Y yo no solo ponía en claro los números, sino que despachaba la clientela, cuarterón tras cuarterón, con tal de que Soledad siguiera tocando y cantando.

La pierna cruzada descubría el nacimiento de la pantorrilla, y al apoyar la séptima en el pecho, este se ponía de relieve como un dúo de la inquietante partitura de "La Traviata".

Cierta ocasión, no pudiendo resistir por mas tiempo la duda atormentadora de saber si aquellas exuberancias eran autenticas, extendí una mano y la puse encima del corazón de Soledad, que por no dejar de ensayar un acompañamiento difícil, no se retire.

" —Espera, Pito, que ya va a salir la segunda". Y en efecto la segunda salió a la perfección.

Desde aquella fecha, ¡que existencia tan placida, sin inquietudes ni deseos! ¡Tocatas armoniosas, canciones lánguidas, románticas, tristes, de esas que hacen llorar sin saber por que! Y como en casa de doña Gliseria me daban de comer, creí que, de pronto, me había vuelto rico y que los granos de maíz que llenaban aquellos cajones, eran monedas de oro relucientes, tediecitos antiguos con los que jugaban mis manos avarientas.

Pero un día —¡dichoso día!— desapareció la guitarra. Soledad no salió de su cuarto y doña Cliseria me dijo con una franqueza que no me dejo formular ni el mas leve reparo:

"——No vuelvas por aquí, Pito Pérez. Soledad se casa con el nuevo receptor de rentas, que tiene celos de tu persona".

Digno y caballero, ya no volví a pasar ni por la calle.

Leyeronse las amonestaciones, y llegó la fecha de la boda. Desde lejos seguí el cortejo de los novios rumbo a la iglesia y los vi regresar ya casados: ella, sin levantar los ojos del suelo, con un recato de novicia, y el, limpiándose el sudor y bufando como un buey uncido a una carreta.

En la casa del padrino había comilitón y bailecito, y yo decidí presentarme en la fiesta para comer una vez a expensas del novio, ya que tanto tiempo había comido a costa de la novia.

El banquete era de los buenos: de tres sopas y tres dulces, y la concurrencia de lo más distinguido del pueblo. Hasta mi prima Chucha estaba Allí con su venerable don Santiago, como ya comenzaban a decirle los maliciosos.

La música de Hilario tocaba polcas y chotis, y la del Pedregoso, sones de la sierra.

"——Ándele, maistro, échese un valsecito"——decían al director de esta música.

"——No puedo porque vengo templado pa' jarabe".

Antes de que los invitados se acomodaran en la mesa, repartieron vasos de un coyote trepador. mezcla de Catalan, de jerez y de otras mixtelas.

Yo me acomode en el extremo de la mesa, confundido con las gentes de poca importancia y procurando tapar, hasta donde fuera posible, las palideces agonizantes de mi traje.

Llego la hora de los brindis y hablo el señor cura, con una sonrisita provocadora, que salía desde el fondo de su vaso de carinena: Creced y multiplicaos, hijos míos. Después tomo la palabra el Secretario del Ayuntamiento, elogiando la juventud esplendorosa del novio y la inocencia de la virgen que llegaba vestida de blanco al himeneo. Al terminar el Secretario, me puse de pie improvisando estos malos versos:

"El pueblo lo felicita  
por la mujer que se lleva.  
Es dadivosa, bonita,  
diligente, y casi nueva.  
Tiene un lunar en el pecho,  
barbas en las pantorrillas.  
Y vera usted, satisfecho,  
que ya no tiene cosquillas.

Le huelen mal los sobacos,  
si seguido no se baña.

Al fin de los arrumacos

gime, muerde, grita, arana..."

El novio se puso de pie con la cabellera alborotada, los ojos echando chispas, y cogiendo una botella de sobre la mesa, me la tiro con tal tino que, dándome con ella en la frente, me hizo rodar por el suelo bañado en mi propia sangre.

Los comensales abandonaron la mesa, los músicos irrumpieron en la sala tocando sus instrumentos, y en medio de tanto alboroto, según oí referir después, solo don Santiago reía, pensando, quizá con razón, que el escape el día de su matrimonio de un brindis topográfico semejante.

Mi suerte de amador ha sido muy infortunada. Recordando todas mis desgracias me vienen a la memoria estos versos populares, aunque no sinteticen mi vida al pie de la letra:

"¿Que favor le debo al sol

por haberme calentado,

si de chico fui a la escuela,

si de grande fui soldado,

si de casado carbón

y de muerto condenado?

¿Que favor le debo al sol

por haberme calentado?..."

Una pregunta indiscreta, Pito Pérez ¿es cierto que conoce usted muchas cárceles?

—Si, es verdad, conozco algunas y no me avergüenza confesarlo. He ido a parar a ellas por borracho y travieso, pero a nadie he matado ni he cometido crímenes de esos que honran a los ricos y hunden a los pobres en largos años de condena. Porque un rico mata y se esconde mientras su dinero quebranta leyes y suaviza voluntades; un rico hace un fraude, y acumula tales pruebas de descargo, que al final de cuentas el es quien resulta defraudado y calumniado.

No he tenido la mala suerte de llegar a una de esas cárceles modernas, en donde, según dicen, todo es confort y costumbres refinadas; donde los presos visten elegantes uniformes, que se han puesto de moda fuera de los penales como ropa de dormir y con el nombre de pijamas.

En las cárceles de los pueblos encontré a honrados y caballerosos ciudadanos, aprehendidos para sustituir a personas que gozaban de libertad absoluta. Reina en ellas un espíritu infantil que hace a los reclusos orinarse en los zapatos de sus compañeros, como una inocente diversión ; aun hay sentimientos generosos y nadie se muere de hambre, a pesar de la buena voluntad del Gobierno, que ha suprimido el rancho de los presos, como cosa superflua. El que tiene comida, porque se la llevan de su casa, la comparte con el que no la tiene, y al que no le ven cobija, le mientan la madre, con solicitud, para que se caliente. ¡Los

banquetes que yo me he dado dentro de la cárcel, aceptando de mis colegas, ya un plato de arroz, ya un Chile relleno, a cambio de una consulta de tinterillo, o de una afectuosa palmadita en la espalda!

La vida dentro de nuestras cárceles tiene cierto calor de familia, algo de hermandad religiosa, con pactos y contraseñas de sociedad secreta.

En las sesiones matinales, a la hora de la espulgada general, se toma el sol, planeándose las defensas, la coartadas; concertándose los negocios, y se escriben las cartas para el exterior. He sido el amanuense obligado de centenares de reclusos; los puntos de mi pluma fueron ojos para llorar ausencias, bocas para gritar agravios, troquel de recuerdos para madres, esposas o hijos desventurados.

Después de las comidas —no encuentro apropiado decir de sobremesa— se discute de política y se retocan los retratos de las primeras autoridades del pueblo, sin olvidar detalles de familia.

por las tardes, a la hora triste de ocultarse el sol, cuando las rejas simulan cruces ensangrentadas por la mano criminal del crepúsculo, las almas se conmueven con el paisaje que adivinan, y surge a coro una canción que se repite como un salmo y repercute en el aire como un doloroso gemido.

Las noches vienen aparejadas de imágenes obscenas, de recuerdos sensuales y dichos libidinosos y, a cual mas, los presos echan sus mentiras, haciéndose la

ilusión de que el auditorio se las cree, y hablan de batallas descomunales y de espadones invencibles en los campos imaginarios del amor. Pero aquellos que escuchan, mientras les llega su turno de fantasear en alta voz, sonríen incrédulos, porque saben que tales cosas se cuentan nada mas como un estimulante para el solitario desahogo del cuerpo.

Una a una recuerdo las cárceles que he conocido, y me precio de haber fincado dentro de ellas muy buenas amistades.,

Impusieronme ocho días de arresto por repicar las campanas de mi parroquia, para autoagasajarme al volver a mi pueblo, poseedor de un sombrero de bola, un bastón y un traje nuevo.

Porque en la populosa ciudad de Tancitaro, grite borracho: ¡muera el cura Hidalgo!, quince días de cárcel, sin lograr convencer a las autoridades de que mi grito para nada influyo en la muerte de tan preclaro varón, definitivamente fusilado un siglo antes de que yo lo proclamara.

Por celebrar unas panateneas y salir a las calles de Quiroga envuelto en una sabana y coronado de flores, como un autentico ateniense, me impusieron ocho días de barrer la plaza; y otros ocho de faena, por haber expresado mis deseos de que estallara una revuelta para aplicar la ley de Talion al Presidente Municipal,

haciéndole barrer todo el pueblo sin mas atavió que unas plumas en la cabeza, tocado que le correspondía de derecho por ser un salvaje.

Por meterme a redentor de jumentos, un mes de cárcel. Explicare a usted el caso, para dar respuesta a la pregunta que estoy leyendo en sus ojos:

Un arriero, vecino mío, era dueño de un burrito al que medio mataba a palos. Condolido por la mala suerte del pobre animal, tome la resolución de libertarlo de tan dura esclavitud, y con este fin rogué a su dueño que me lo alquilara para hacer un viaje a Patzcuaro. En cuanto salimos al camino real, dije al humilde pollino: la única forma de que cambie tu suerte es que te vayas con el primero que pase. El burro accedió, lanzando un sonoro rebuzno, y yo lo vendí a unos arrieros en doce pesos, sin la patente respectiva.

Al regresar a Santa Clara, el inhumano alquilador preguntóme por su burro y yo le conteste:

"—Haga cuenta que el desdichado animalito murió para usted"; pero el sujeto hizo cuentas y mas cuentas, y metieronme en la cárcel dizque por robo.

Fui a dar unos ejercicios espirituales al pueblo de Opopeo, usando dignamente la sotana de Joaquín mi hermano, y con el noble fin de coleccionar limosnas para nuestras misiones en el Japón.

Probé mi elocuencia catequizadora en beneficio de ovejas descarriadas, movido tan solo por el ansia de hacer el bien, y como pago a tanta generosidad, un mes de cárcel y la devolución inmediata de lo recaudado, en virtud de que Nuestra Santa Madre la Iglesia nunca pierde, y cuando pierde arrebatada, como Jalisco.

¡Resultaron estériles mis rosarios con dedicatoria para la Virgen Maria; inútiles mis sermones! Y anote usted esta coincidencia irritante: glosando las palabras del Evangelio, que dicen: Os llame como la gallina llama a sus polluelos para cobijaros debajo del ala, y no vinisteis, ¡zas!, los que vinieron fueron los gendarmes y me bajaron del pulpito, sin ningún respeto a mis hábitos religiosos. Así es sobajada en este mundo la virtud.

Una vez, convinimos con Jesús el panadero en cambiar un gallo por una gallina. Le lleve mi gallo, recogí su gallina, y porque me la comí en mole, cinco días de arresto.

—Pero, Pito Pérez, este castigo parece el mas injusto, y no veo el dolo por ninguna parte.

—Así lo estimo yo también, aunque debo explicarle como estuvo el negocio:

Oí decir a Jesús el panadero que tenia muchas gallinas y que necesitaba un gallo para satisfacer el harén. Le propuse que yo le daría uno de mis gallos a cambio de una de sus gallinas, y el acepto sin inquirir las senas particulares del incógnito Don

Juan de capa y chambergo de plumas. Lo único que pregunto fue si ya cantaba el animalito, a lo que conteste que si.

Al filo de la medía noche apreste mi pito y me dirigí al callejón en donde vive Jesús. Estuve junto a su puerta desgranando lo mejor de mi repertorio: motivos populares, algún trozo de música selecta y el Quitollis de la misa de Mercadante.

Pasaron por la calle unos aprendices de trasnochadores, se detuvieron a oirme, y aseguro uno de ellos que el Quitollis que yo tocaba, era la Perjura del Presidente Lerdo de Tejada.

Guarde el instrumento, salte la cerca del corral de Jesús, y eche mano a la primera gallina adormilada, brincando nuevamente a la calle, con la polla bien cogida.

Al abandonar el sitio, deje a Jesús esta canción, como tarjeta de visita:

Adiós, te digo, tocayo,  
antes de volver la esquina;  
ya me llevo tu gallina  
y aquí termino mi gallo.

Discurrió Jesús que yo no había cumplido legalmente el trato, y el juez condenome a pagar la gallina, sin tomar en cuenta el valor de mi "gallo".

En otra ocasión, mientras tomaba un plato de menudo en un portal de Jiquilpan, dije en voz alta que en aquel pueblo no tenían agua, al grado de que ponían el cocido con aguardiente y se lavaban las manos con cerveza. por eso me llevaron a la cárcel. Pero sucedió que al exponer mi delito al prefecto, que era un señor don Enrique Farias, muy hidalga persona, exclamo, lanzando una carcajada:

"——¡Hágamela buena, amigo!" Y ordeno mi inmediata libertad. De la cárcel de Yuriría recuerdo un episodio trágico, de esos que los escritores emplean para escribir novelas que ahora se llaman de psicoanálisis y que antes se conocían por culebrones.

Andaba yo peregrinando por los pueblos y rancherías de aquella región, pidiendo ayuda a las almas cristianas para construir un templo en el Monte Líbano, cuando al pasar por Yuriría, del Estado de Guanajuato, fui detenido en virtud de que el Presidente Municipal recibió un exhorto que decía:

"Aprehenda Jesús Pérez Gaona, falso misionero, hacese pasar fraile carmelita. Senas particulares: entiende sobrenombre Pito Pérez.

R. Iturbide,

Presidente Municipal de Morelia".

En la cárcel de Yuriría conocí a un preso a quien temían los demás por su carácter violento y vengativo. Llamabase Rosendo, y amen de otros delitos de sangre que

había cometido, purgaba una condena por haber asesinado a un hombre que se atrevió a cobrarle la pastura de una vaca, unos veinte centavos a lo sumo. Pero lo que asombraba a las gentes era la conducta que a raíz del homicidio siguió la amasía del muerto, una mujer callada y humilde a quien yo veía llegar a la reja de la cárcel, días tras día, con la comida de Rosendo.

Los otros presos me pusieron al tanto de esa historia :

Poco tiempo después del crimen aquella mujer se presentó en la cárcel en busca del delincuente, como si le estuviera agradecida. Durante dos años, ella trabajó para sostener al preso, quien, al principio, pareció desconfiar de esa extraña conducta, pero tanta perseverancia y tanta ternura lograron disipar los recelos del hombre que, vanidoso como todos, aceptaba las cosas explicándoselas a su manera:

"——Esta infeliz debe haber padecido mucho con el finado, que en paz descanse, y yo de un tiro acabe con sus penas".

En la época en que estuve en dicha cárcel, Rosendo arregló salir de ella bajo fianza. Su defensor fue a buscarlo, y rondando la reja, vimos a Apolinaria con su vestido rojo de percal, sus zapatos nuevos y su rebozo azul de pringas blancas, terciado sobre el pecho. Esperaba fielmente, como si Rosendo fuera su marido. De manos de este recibió la cobija y echaron a andar rumbo a la casa de ella, de la manera más natural del mundo.

El almuerzo bien sazonado; después la cama humilde, pero incitadora. La mujer se dejó conducir a ella sin prisas ni desasosiegos. Una luz dulce manaba de sus ojos y una sonrisa triste de sus labios. Cerraron las puertas y se hizo esa oscuridad en donde solo el dios vendado ve.

De pronto, un grito terrible escape de la casa, conmoviendo a los vecinos.

"——¿Que ha pasado? ¿De donde saldría ese alarido espantoso?"

En el instante mismo en que a Rosendo estremecía el escalofrío del espasmo, la mujer abrió cautelosamente una navaja de afeitar, y con ella cerceno, de un solo tajo, las partes victoriosas del macho, a quien la policía encontró desnudo y muerto, Apolinaria lo veía con aquella luz dulce que manaba de sus ojos.

"——Ya cumplí la promesa que hice a mi difunto ——exclamo con serenidad——, ahora llévenme..."

He visitado muchas cárceles, por borracho, por músico, por misionero, y una sola vez por tanto: esta es la única que escuece mi conciencia.

Llegue a Ario de Resales en busca de trabajo. Me ofrecí como boticario, como barbero, como sacristán, ronde los juzgados para ver si alguien necesitaba presentar alguna demanda: todo inútil. O mi persona, a simple vista no inspiraba confianza, o el pueblo había adoptado esta doctrina americana: Ario para los arienses.

El Señor Medal, propietario de una botica, era dueño, además, de un salón de billares, y a este fui a parar esperando que saliera algún pichoncito a quien sacarle un peso. Porque yo soy buen carambolista, de esos que juntando las bolas en un rincón de la mesa, hacen sus tiros de treinta, asegurando que aquella es la primera vez que toman un taco.

"—Oiga —me dijo el dueño de la botica—, ¿es usted el que vino en la Mañana en busca de trabajo? Pues si sabe escribir y tiene alguna ilustración, le puedo dar empleo".

\*"—He pendoleado todas las formas de letras y he leído La Ilustración Española y Americana: con que usted dirá si sirvo para algo".

"—¿Ha tenido algunas actividades periodísticas?"

"—He sido subscriptor gratuito de Flor de Loto, de Morelia".

"—Pues le voy a dar dos pesos diarios para que sirva de administrador responsable de un periódico quincenal, que saco cada tres meses. Precisamente Mañana echo fuera el numero 2; así es que dígame si le conviene".

"—Acepto" —conteste.

Al siguiente día volví a la botica para recibir las instrucciones de mi nuevo jefe, quien me dio mis dos pesos, previo recibo provisional, y me mando a conocer el

pueblo para que me fuera empapando, según dijo, en las necesidades de los vecinos. Después de conocer las calles, fui a instalarme en una luneta de la plaza, a donde momentos después llegó el comandante de la policía, diciéndome que el Jefe Político quería verme.

Entramos en la oficina y el prefecto me interrogó, agitando un periódico que tenía en la mano:

"——¿Es usted el responsable de este pasquín?"

"——Y el Admor<sup>1</sup>. al mismo tiempo"——le dije en abreviatura.

"——¡Sin vergüenza, quiere usted hacerse, además, el gracioso! ¡Pues a la cárcel, no sin que antes y en mi presencia se trague usted este papelucho!"

Hizo que me comiera el periódico, masticándolo sabrosamente, lo mismo que si se tratara de un delicioso manjar.

Supe después que el boticario utilizó mi persona como responsable del periódico y que, en aquel número, ponía de oro y azul al Jefe Político, llamándole asesino y ladrón, entre otras lindezas. ¡Todo por dos pesos diarios que me prometió, pero de los que no volví a ver ni el filo de una moneda, como justo castigo de mi estupidez!

---

<sup>1</sup> Administrador

Una Cuaresma pase metido en aquella cárcel, aunque no me correspondía toda entera, pues firmaron mi boleta de libertad para el Domingo de Ramos, pero como con los presos habíamos organizado una Semana Santa de bulto, y yo desempeñaba en ella el papel de Nuestro Señor Jesucristo, quise apurar el cáliz de la amargura hasta las heces y me quede en la cárcel para ser crucificado.

En el pasaje de la cena, los doce presos que me acompañaron parecían verdaderos apóstoles, con sus barbas hirsutas, sus cobijas rotas y sus ojos tristes, desprovistos de toda esperanza.

Lave sus pies, en medio de una salva de estornudos, y de la galera grande salimos al patio, entoldado de luna, para que me aprehendieran en el Huerto de los Olivos.

Un sueño alcohólico invadió a mi sequito, que no pudo ver a Judas en el momento de darme el beso traidor, simulado nada mas, pues negose a darmelo el recluso que hacia el papel, alegando que no era maricon.

"—Levántense ya" —ordene con voz estentórea. San Pedro se levanto, el primero, y sacando el machete tiro un tajo al criado del Sumo Sacerdote, quien reculando prontamente exclamo :

" —¡Jijo, por nada me tizna! ..."

Llevaronme de Heracles a Pilatos, que no pudo lavarse las manos, en primer lugar, porque era manco, y en segundo, porque no había jofaina.

Canto el gallo las tres veces y Pedro no quiso negarme, gritando, hecho una furia :

" —¡Yo conozco a mi cuate, y no me le rajo! ¡Los mexicanos semos muy hombres!"

Llego la hora del suplicio, me despojaron de mis ropas, que se perdieron de verdad, y ataronme fuertemente a una cruz. A Dimas y a Gestas no los crucificaron porque no había cruces, pero se les amonesto que permanecieran haciendo guardia cerca de mi, con los brazos abiertos. Dimas era un administrador de conteos, desfalcado y lleno de hijos, y Gestas un heroico borrachín cuyas medallas le salían al rostro en forma de pústulas de todos colores.

Y las siete palabras brotaron serenas de mis labios:

"¡Padre, castígalos; se hacen que no saben lo que hacen!"

"En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso (si logras escaparte de chirona)".

"¡Mujer, he Allí a tus hijos! ¡Hijos!, ¿por que os mentáis tanto a vuestras inocentes madres?"

"Eli, Eli, ¿por que nos habéis abandonado en esta triste mazmorra?"

"Sed tengo".

("—Yo pago una cerveza para el Señor" —dijo San Pedro, desabrochándose prontamente la víbora).

"¡Los tiempos han cambiado!: no solo de la palabra de Dios vive el hombre..."

Mirando las botellas vacías que rodaban por el suelo, exclame acongojado:

"¡Todo se ha consumido!..."

Las cuerdas molestaban mis brazos y erame imposible soportar por mas tiempo aquella postura. Comencé a decir en voz alta:

"—¡Descuélguenme, ya estoy cansado; bájenme, ¡no resisto mas!" Pero los presos reían de mi angustia y me daban la espalda con la misma indiferencia con que la humanidad ve morir a Jesús, pendiente del madero..."

Pito Pérez no volvió mas a la torre, —nos dejó trunco su relato, entretenido quizá en atisbar por el ojo de las botellas, con la ilusión de descubrir en su fondo otro mundo mas generoso. ¿Lograría sorprenderlo, tras el claro cristal del vino? ¡Tal vez! Y por eso le vimos rodar de tienda en tienda, con los zapatos hechos trizas y la melena sucia, coronada de flores...

||

"...porque no hay pena comparable a la de morirte..."

Pito Pérez

Morelia, en mayo, sufre calenturas; las gentes adelgazan y los chicos enferman del estomago.

"——Es la fruta nueva ——dicen las señoras que platican en los estrados——; pero a las primeras lluvias, la ciudad entrara en razón".

El sol siente también que se asfixia y quiere escapar, rompiendo con su cabezota rubia las paredes blancas, como payaso que salta a través de un disco de papel de china, al galope de su caballo "mandadero".

En los días de calor hay pocos transeúntes por las calles de Morelia, y sus pasos resuenan en las banquetas señalando las horas, como un reloj indefectible.

Son las ocho de la Mañana: doña Paquita Pérez Gil pasa, de prisa, por la calle real rumbo a la iglesia de "La Cruz". Algunas generaciones de colegialas la han llamado abuela, aunque mas parece un abad que zarandea, satisfecho, su panza hinchada de virtudes.

A las nueve, don Adolfo caño se encamina a su notaria. Sus ojos brillan con malicia, pero en su clara inteligencia no bullen las cláusulas de un contrato, ni la prosa legal de una escritura. Piensa ——¡ay!—— en los tres reyes que mato una flor...

Dicen que cierta vez comía cabizbajo y distraído, cuando de pronto, dijole su esposa:

"——¿Quieres una tortilla caliente, Adolfo?"

"——Acepto, y mando diez mas"—— contesto el abogado, desde el país fantástico del as de oros. Y tomando el apilo de tortillas comenzó a repartirlas entre sus hijos, lo mismo que si fuera una baraja...

A las once, escuchase el tranco monorrítmico del cojo que vende gorduras:

"——¡Requesón, jocoque, queso! ;Queso, jocoque, requesón!"

Y con la pata de palo repica en las baldosas, apremiando a los marchantes.

A las tres, hóyense los pasos del Señor licenciado don Lorenzo Olaciregui, Dean de la Catedral, que sube a coro.

Un taconeo, a compás de dos por cuatro, presto, vivace, resuena en las baldosas: es el maestro Mier, que corre a dar sus lecciones de piano.

Al profesor Gallegos no se le escucha pasar porque va en hombros de sus veinte juanetes, y apenas toca el suelo. Detienese en las esquinas, monologa en alta voz, con su grandilocuencia que, por incomprensible, le ha ocasionado tantos

sinsabores. ¡Recordemos, si no, el incendio de su casa! Salto don Monico por un postigo, en paños menores, clamando ayuda del sereno:

"——Guardia noctámbulo, aligerad vuestros pies con las alas de Mercurio, y haced vibrar el bronce cóncavo y plañidero, antes de que el mas voraz de los elementos incinere mi paupérrima morada".

El gendarme lo miro asombrado, sin moverse de su sitio, y la casa del profesor quedo destruida por las llamas.

¿Y el bochorno de sentirse insultado por un carbonero?

"——Bucólico morador de las selvas umbrías, ¿en cuanto apreciáis el fardo de maderas calcinadas que lleváis sobre los lacerados omoplatos de este rustico pollino?"

«——Eso lo será usted, roto pinche. Se valen de que son ricos pá humillar a los probes..."

Por la calle de las Ratas sube acompasado, lento, el toque de unas esquilas. No es el viático que visita a un agonizante, ni el paso de una yegua que sirve de guión a los hatajos que vienen de tierra caliente.

Las gentes saben ya lo que las campanas pregonan, y corren a las puertas en espera de aquel estrambótico mercero.

Un hombre enjuto, ennegrecido por el sol, con la cabellera tan larga que le besa los hombros, camina lentamente, sosteniendo un enorme cesto en cada brazo. En los arcos de las canastas, en el ala del sombrero, en el vuelo de la chaqueta, se mecen esquilas de todos tamaños, desde la que cuelga del cuello de una res, hasta la diminuta que alegra el báculo de los pastores de Nochebuena. Su tintineo es regocijado, como charla .de parvulillos a la hora de sus juegos.

En aquellas canastas, lo mismo que en las manos de los prestidigitadores, ocultase todo un almacén: agujetas para los zapatos, peines peluqueros y escarmenadores, broches de presión, tiras bordadas, medias de seda, polvo para la cara, hilo lacre...

—¡Eh, barillero!, ¿traí rizadores?" —pregunta una muchacha que asoma por un postigo.

"—Para todas las partes, señorita".

"—¿A como las medias?"

"—De seda natural, a dos cincuenta".

"—¿No me hace una bajita?"

"—Regaladas las llevas, niña, si yo te las pongo".

Las campanas enmudecen respetuosas: oyendo la voz de su amo, hasta que el trato se consuma, y otra vez a cantar, calle arriba, pregonando las mercancías...

El hombre de las campanas es Pito Pérez que, al encontrarme en la esquina de "La Central", acomoda en el suelo su establecimiento portátil, para saludarme con mas holganza:

—¡Hace tantos ayeres que no nos vemos! Desde la torre de Santa Clara. Va para diez años...

—Es verdad, Pito Pérez; dejo usted trunca la narración de su vida.

—Para seguirla viviendo, amigo, y tener de que hablar: Bajo del Norte el torbellino y nos disperso a todos los que no teníamos hondas raíces; levanto el polvo seco, la hojarasca podrida; hizo huir a los pájaros medrosos, y aun a la langosta que acaba con las sementeras. Hablando sin metáforas: al rico, al cura, al holgazán y al aventurero.

Quedaron sin moverse los árboles que, año con año, dan su fruto, y las piedras desnudas de la montaña. Los trabajadores del surco: encinas arraigadas en la tierra. Los indios: riscos seculares, que solo un ciclón arrancaría de su asiento para despedazar con ellos el tezontle Rosado y fofu de las ciudades corrompidas...

—¡ Bravo, Pito Pérez!, lo deje a usted en filosofo cínico y ahora lo encuentro convertido en orador político.

—Y usted dirá que se necesita mas cinismo para esto que para aquello. Es verdad, pero no hay que confundirlos: el político tiene el corazón en el estomago, y el filosofo en la cabeza.

—¿Una copa, Pito Pérez? O ¿una botella?

—Según la llave que usted quiera aplicar al estante de mis confiancias; recuerde nuestro viejo contrato.

—Pero, ¡como lo encuentro mudado! Dejo usted la levita, que era su clásica envoltura, y cambio usted el bastón y el sorbete por unas canastas llenas de baratijas y por esas campanas que no se para que le sirven.

—Pues para que mi garganta no se estropee pregonando la mercancía y para mantener inmarcesibles los recuerdos de mis peregrinaciones por nuestro amado Michoacán. ¿Me explico bien? Fíjese usted: cada una de las campanas lleva una inscripción: el nombre de alguno de nuestros pueblos, o los nombres de las campanas de esos mismos pueblos. Y cuando camino por las calles, sudando bajo el peso de mis canastos, las oigo dialogar entre si de lo que han visto y de lo que han vivido...

La campana grande de Patzcuaro regaña a su hermana menor, la de Quiroga, porque enseña la lengua a la laguna.

Las campanas de Zamora golpean sus pechos con el badajo, como jóvenes novicias acosadas por malos pensamientos.

La campana de Tacambaro se desgana gritando vivas a la Revolución; se traba la lengua a la de Tzintzuntzan, para rezar en tarasco a un dios que no es el suyo, y la vieja campana de Zitacuaro llora aun, con gruesas lagrimas de bronce, el desastre del 65.

Tintinea alegremente la campana de Tingüindin; canta la de Tirindaro; convoca danzas bullangueras la de Paracho; la de Irimbo, como un reloj de paz, da el toque de descanso para los labradores rendidos.

Las que llevo aquí junto a mi pecho, son las campanas de mi tierra; esta, la de la Guanoncha, que canta la alborada en las fiestas grandes; esta, la de la Hermandad, que dobla por los difuntos, y esta de plata, pequeñita, representa la de la parroquia, que tantas veces hice vibrar con mis manos entumecidas por el frío, para llamar a misa primera.

¡Campanas de Michoacan, repicad todas a vuelo, porque pasa Pito Pérez, glorioso con su miseria y altivo con sus harapos!

—Es usted un carillon humano.

—Si, señor; unas veces repico aleluyas, y otras, salmos penitenciales. Cada una de mis campanas resucita en mi mente el panorama de un pueblo, tal como lo abarcaron mis ojos, y sus voces remedan las de mis amigos que, por su conducto, me cuentan sus andanzas. Oyendolas, suelo desatender a los clientes y pasar de largo junto a ellos para no cortar la platica de las esquilas.

Entonces, los marchantes dicen con cierto retintin burlesco:

"—Pito Pérez va borracho".

—; Borracho voy, en verdad, pero de recuerdos: riendo, llorando, blasfemando y cantando, como en los días de mi lejana juventud!...

—¿Y el Pito Pérez filarmónico?

—¡ No se ya ni donde quedo! Perdí la flauta en alguna cárcel, o en algún sitio de tantos que me han servido para dormir las monas. Porque debo advertirle, con la honradez que ha caracterizado mi desvergüenza, que ya no soy un borracho respetable, ni siquiera ingenioso. Me escarnecen los chicos, me roban los tenderos, me humillan los gendarmes, y cuando quedo tendido en las banquetas, con la botica abierta y el boticario dormido, no hay alma caritativa que extienda sobre mis desnudeces el abrigo de un periódico. Las personas decentes huyen de mi con asco; asco de mi aspecto repugnante, de mi hedor a vino agrio, de mis manos negras, que ni los amigos quieren estrechar, simulando que llevan las

suyas ocupadas con el pañuelo. ¿Y sabe usted como me llaman aquí? Me dicen Hilo Lacre, ¡Hilo Lacre!, apodo de barillero, de hombre zaño, y no de artista, como yo. Todo esto lo digo a usted, por si se avergüenza de mi y no quiere hablarme...

—No piense en tales cosas, Pito Pérez. Venga usted por las noches a "La Central" para que platiquemos como en otros tiempos.

Pito Pérez prometió acceder a mi súplica, y levantando del suelo sus canastas henchidas de baratijas, alejose con el oido atento a su propia musica, triste, alegre, bulliciosa o languida, segun los altibajos de la calle...

Buenas noches a toda la compañía —dijo Pito Pérez, al llegar a la tienda.

Su estampa era la misma que yo conocí diez años antes: levita deteriorada con flor en el ojal, bastón de puno niquelado, pantalón con unas rodilleras tan amplias que podría guardar en ellas a sus hijos, a semejanza de los canguros; sombrero carrete haciendo equilibrios para conservarse sobre la melena alborotada y que, por su color de oro viejo, parecía aureola de santo.

—¿Y las canastas, Pito Pérez?

—No vengo en plan de comerciante. Las agujas y los peines peluqueros a esta hora duermen con inocencia infantil. Yo me acerco a la tertulia como esas madres que se reúnen al anochecer, para contarse las monerías de sus hijos, después de dejarlos dormidos.

—¿Que ha hecho usted en tantos años que no nos vemos, Pito Pérez?

—Beber para emborracharme, y después, para curarme la cruda, hasta que me asalta el delirium tremens y caigo medio muerto, perdida por completo la conciencia, en la cuneta de algún camino.

La muerte y yo nos hablamos de tu desde hace tiempo; ella juega conmigo sin hacerme daño. ¡Los peligros de que he escapado, quizá con su ayuda! Me caí a un río, en estado de ebriedad, que ya es mi estado perfecto, y sin saber como ni,

cuando, me salve. He pasado victorioso como un general por campos de batalla, cubiertos de cadáveres, aspirando el hedor de la carne podrida, y he visto como los ojos de los difuntos adquieren brillo de celuloide al ausentarse la luz del pensamiento. He palpado con mis pianos el frió del cristal de los pies de un hombre muerto, pretendiendo calentarlos, en un raptó de alcohólica compasión. He recibido en el hospital la visita de dos colegas borrachos, que me llevaban cuatro cirios, con esa complaciente sonrisa de quien regala una caja de dulces, y escuchado a uno de ellos que, tartamudeando, dabame el pésame por mi muerte y la disculpa de que no podría acompañarme al cementerio, al siguiente día, por tener que evacuar otro negocio.

He llorado sobre mis tristes despojos, con dolor verdadero, y he sentido que no hay pena comparable a la de morir. Sin embargo, aquí me tiene usted, guardando mi propio luto sin que todavía haya estacado la zalea.

—Pero, ¿donde ha pasado usted tantos peligros?

—¡ Calcule usted! He sido huésped de un buen número de hospitales en donde, si no mueren los pacientes de la enfermedad que Allí los llevo, sucumben de hambre o en algún experimento clínico.

Estuve en el hospital de San Vicente de Paúl, y para subsistir, salíamos a la calle los asilados, pidiendo limosna de puerta en puerta. ¡Hubo tifosos que apenas

tenían alientos para cargar el cobertor, y que expiraban en los quicios de las puertas!

En el hospital del Santo Refugio, los enfermos danzábamos en el jardín desde las primeras horas de la Mañana, sin mas vestidura que unas sabanas de dudosa limpieza. Salíamos a cortar quelites, romeritos, talayotes que, cocidos en una olla común, constituían el único alimento de aquella sociedad vegetariana. ¡Fantástico espectáculo el de aquellas enormes mariposas blancas, volando de quelite en quelite —volando, es la palabra— porque no había en nuestros cuerpos ni un gramo de carne!

"—Compañeros, prueben como postre las malvas"—aconsejables yo, que era el mas optimista de la pandilla.

Luchaba elocuentemente por convencer a los enteleridos comensales de que el talayote tiene sabor de pechuga de pollo.

"—Sobrepónganse a la realidad —predicábales— y coman con la fantasía, a imitación de los hambrientos que se dan banquetes espirituales, contemplando los aparadores de las pastelerías. Sigán mi ejemplo: yo tomo violetas cocidas como demostración de cultura; los aristócratas las saborean cristalizadas con azúcar, acaso para inspirarse despertando sus aficiones poéticas".

Estuve en el hospital de Cotija, y de veintiocho enfermos soy el único superviviente. Vera usted:

Era su director un botánico insigne, citado frecuentemente en los textos de medicina. Este sabio eminente había clasificado mas de veinte mil plantas de la flora de nuestro país y ensayaba en nosotros sus propiedades terapéuticas dosificándolas a costa de los enfermos. ¿Que moría un paciente, vaciado por la infusión de coloquintida?, pues a disminuir la dosis en el tratamiento, y a olvidarse del pobre conejito sacrificado en aras de la ciencia.

Yo pude escapar de las escoletas de este medico famoso, debido a que salte muy a tiempo las tapias del hospital. El galeno corrió a darme alcance, prometiéndome que pondría sus cinco sentidos en mi curación, pero yo, a larga distancia, le grite: "De veneno a veneno, opto por el tequila Cuervo".

—Bueno, Pito, ¿de donde le han llovido tantas enfermedades?

—Del mentado veneno. Según dicen los historiadores, los reyes habituaban su naturaleza al uso de los venenos mas activos, para inmunizarla en previsión de cualquier atentado. A nosotros, los borrachos, no nos sirve el experimento porque a medida que bebemos, resentimos mas los efectos de nuestros filtros venenosos. Pero, proseguiré el itinerario de mis malandanzas.

Solo por un milagro de la muerte, que, como ya digo, es mi mejor amiga, pude salir del hospital de Morelia. Trabajaba en el una enfermera, de corazón altruista. Llamabase Pelagia, y este nombre ya era de mal agüero para los supersticiosos que caían en sus manos.

Nació Pelagia en Hoyo del Aire, del Municipio de Taretan; hizo sus estudios en un solo día, y recibió su título de enfermera en el mismo instante en que la contrataron como criada del hospital. Le encasquetaron un gorro blanco, la metieron dentro de un mandil que le arrastraba, y la plantaron en medio de un pabellón de asilados, sin inquirir si debajo de la toca había una cabeza, y si esta tenía sesos, o era una sonaja rellena con piedrecillas del arroyo.

A la hora de la visita medica, Pelagia seguía al doctor, de catre en catre, recogiendo las recetas que el formulaba, para surtir las después en la farmacia del propio edificio. Pelagia hablaba, sin parar, de los enfermos a su cuidado:

"—El 13 no durmió anoche, y por si fuera de hambre le truje su torta de sardinas, que lo dejó supito; el 4, lleva seis deposiciones muy jesiondas, que le guarde doctorcito, pa' si quiere examinarlas; el 9 ya no está tan malo, no crea. Anoche me quería apapachar los cuadriles".

Cuando Pelagia volvía de la botica con las formulas surtidas, parabase en la puerta del salón y nos gritaba jubilosa, igual que una madre que llega de paseo, con golosinas para sus hijos:

"——Aquí están las melecinas. Vamos a ver, ¿quien quiere pildoras? ¿Quen quiere cucharadas? ¿Quen papeles?"

Y daba a cada enfermo lo que le pedía, con peligro de reventarnos a todos. A mi no me quería por lurio, como afirmaba, y por este motivo ensartabame los lavados intestinales recetados a otros.

"——Pal escribano ——decía—— las lavativas, porque es capaz de emborracharse con casulas".

Quizá por esto no estire la pata, pues por esa boca no suelen recetarse venenos muy activos.

Las ideas políticas constituían otro peligro en el interior del hospital. Había médicos mochos que atendían con gran esmero a los pacientes que comulgaban, y médicos liberales que no veían con buenos ojos a sus clientes del bando contrario. A los primeros les hablaba de mi hermano el padre, y a los otros, les contaba que yo pertenecía a la secta de los usíitas, y que si bebía vino en ayunas, era en la recepción de uno de nuestros sacramentos. Un doctor Ortiz creyó en mis doctrinas, permitiéndome comulgar todas las Mañanas con un vaso de fino moscatel que me proporcionaban, por orden suya, en la despensa del establecimiento.

Algunos días comulgaba yo hasta tres veces, como una practica propiciatoria para la salvación de mi alma.

Por supuesto que ya estas cosas marcaban el principio de mi convalecencia y la vuelta de mi yo interno a su estado normal. Mis periodos largos de embriaguez culminaban siempre con un ataque de delirium tremens, y este me conducía a regiones insospechadas para el resto de los .mortales. Con el delirio adquiría formas de una hiperestesia exaltada, llena de alucinaciones.

Cierta ocasión me sentí árbol: mis pies eran las raíces y mis piernas troncos por cuya corteza, espesa y dura, subían hormigas de todos tamaños. El ejercito de pequeños animalitos cosquilleaba con sus patas de alambre mi carne rugosa, desesoerando mis nervios. Yo los veía subir, y subir, y me asaltaban deseos de limpiarlos, de arrojarlos lejos de mi, pero deteníame una idea: los árboles tienen obligación de prestar ayuda a estos parasitos, hijos, como ellos, de la naturaleza y, por lo tanto, hermanos suyos. Si yo soy un árbol, debo permitir que trepen por mi tronco —cavilaba—, que coman de mi carne. Y para que mis manos no atropellaran a aquellas criaturas indefensas, subí los brazos al cielo, y el cielo premio mis brazos convirtiéndolos en ramas verdes, frescas, floridas.

No sentí mas el cosquilleo de los insectos, sino el paso de una savia dulce por mis venas, que hacia nacer en mi pequeños brotes cuyas hojas aterciopeladas, mecidas por el aire, cantaban un allegro de primavera.

Pájaros de diversos colores venían a anidar en mi fronda: eran mis pensamientos de toda la vida, que regresaban a su nido: chupamirtos embriagados por el néctar de las flores, sinsontes que soplaron por mi vieja flauta; golondrinas de amor, fugaces y asustadizas; loros que decían sus incoherencias inútiles y sus malas palabras, y la lechuza huraña y filosófica de mi melancolía.

Era yo un renuevo en el bosque; mas de pronto me \* vine abajo, a los golpes de la cordura.

Termino mi delirio y volví a adquirir la forma estéril del hombre.

—¡Pito Pérez, insigne borracho, es usted un loco!

—¿Y por que no un poeta?

Otra vez, tendido sobre un duro camastro, sentí que poco a poco me transformaba en un lienzo de seda, de esos que crujen con un frufrú sensual al mas leve contacto.

Mis ojos me veían descender por los lados de la cama, como un cortinaje sobre un bacón empavesado; mis manos y mis pies eran borlas colgantes de oro, y en mi barriga había chaladuras y roces, como si una persona hubiese permanecido de codos sobre mi cuerpo, mirando pasar el ejercito de los siglos. Después, sentí que me cortaban con unas tijeras enormes y que hilvanaban con mis pedazos el traje de un niño, a quien sus padres no permitían moverse, temerosos de que rompiera

su vestido nuevo. Yo también sentí la angustia de que el muchacho se arrastrara por el suelo, o se deslizara por el pasamano de la escalera. Mis carnes sufrían el dolor de verse magulladas y rotas, sin que nadie escuchara las voces, sin sonido, de mi desesperación.

Di un suspiro de alivio, al notar que la tela de mi cuerpo adquirió un tono rosa y un brillo desusado. Entonces, ordene a mi fantasía:

"——Quiero ser camisón de dormir de una mujer hermosa y sentir su contacto tibio y perfumado. Voy a pecar, al menos una vez, sin que me desprecien, sin que me aparten con repugnancia; con cada hilo de mi cuerpo acechare los mas ocultos rincones de otro cuerpo, en medio de una fiesta de luz con cada hebra de mi carne, lograre la posesión de la mujer deseada. Mi placer subirá en ondas voluptuosas desde la costura de la falda hasta los lazos del corpiño, y, ya saciado, dormiré con un sueno reparador, ceñido a un vientre de alabastro".

¡Y el milagro se hizo! Mis pliegues bajaron por unas caderas triunfales; quede prendido a unos hombros de nieve; combado sobre unos pechos cuyos botones lastimaban mi sensibilidad, lo mismo que la aguja lastima la tela.

Mas comencé a sentir molestia de intemperie y a estornudar por todos mis tejidos, como si me hubiese constipado. Porque aquella figura femenina, con toda su pagana desnudez, era una estatua de mármol insensible, y su contacto frió hizome despertar de mi fiebre...

—Ahora que nos esta usted contando estas cosas, Pito Pérez, ¿no tendríamos razón si pensáramos que se ha extraviado la suya?

—Pero, ¿puede usted decirme cual es mi realidad? y ¿cual mi ficción? Yo estoy seguro de que existe todo lo que veo, y que la muerte me presta sus ojos para que me divierta, como un anticipo sobrenatural, con el panorama de otros mundos.

Una noche sentí que traía un puñal y quise deshacerme de el, porque soy hombre pacifico y odio toda clase de armas, aun en mis mayores borracheras. Lo saque de la vaina y lo tire a lo alto, diciendo entre dientes:

"—No te quiero ver mas; escóndete en el espacio".

El puñal llego al cielo y al descender rasgo con su afilada punta las cortinas del firmamento, que se abrieron como una puerta de un pabellón de campana.

Mis ojos atisbaron curiosamente por la rendija de aquel mundo desconocido, y caí en la cuenta de que estaba asomado a la gloria.

Los árboles, de un verde artificial, parecían árboles de Nochebuena, cargados de juguetes y de bombones; el prado era un tapete estilo Luis XV, con grandes rosas bordadas; en el centre del cielo, el sol extendía sus rayos, como una lámpara irisada de almendras de cristal, y en las paredes translucidas, colgaban santos en persona que parecían retratos pintados al óleo. De marco a marco, aquellos justos varones platicaban o discutían los dogmas católicos, con la intervención de San

Agustín, que enfáticamente repetía para todo: "Lo he dicho yo", mientras su maestro San Ambrosio componía, entonándola en voz baja, una canción litúrgica, que glosaba San Gregorio el Magno, con su divino contrapunto.

Debajo de un árbol corpulento, el Santo Job jugaba con San Simeón el Estilita una partida de ajedrez, rodeados por algunos santos menores; el Estilita rascabase la cabeza, desesperado, y decía a los que le cercaban:

"——Job lleva cinco lustros frente al tablero ¡y aun no resuelve esta ¡jugada!"

Un anciano venerable, vestido con una túnica de lino, sobre la que flotaba el pabellón pacifista de su barba de nieve. apacentaba, majestuoso, un rebaño de ovejas blancas. Mirándolas con atención, descubrí que las ovejas tenían caras de gentes y unas tablitas al cuello, indicando su nombre y la fecha en que habían entrado al cielo. Todas las ovejas conservaban alguna insignia de su profesión terrenal: los santos esposos engañados, sus cuernos retorcidos; las adúlteras, su inocente sonrisa; las bacantes arrepentidas, su tarifa en dineros, en ropas y en otros obsequios; los tontos beatificados, sus bandas y sus vendas de vanidad.

Discurrían por Allí carneros lanudos,, con etiquetas de ricos que habían legado sus bienes a la Iglesia; otros, con las vedijas ensortijadas y los ojos lánguidos: Magdalenas de sexo ambiguo, que obtuvieron perdón por haber amado mucho. Algunos carneros lucían charreteras de generales, por haber muerto, después de combatir cristianamente, a los enemigos de su religión.

Vi unos corderos trasijados, con sus partes pudendas doradas y ostentando sobre su testuz coronas de mártires. El cartel que llevaban en el cuello, decía: casados con ricas; supieron lo que es fornicar por obligación.

Triscaban por todas partes unas ovejillas de ojos tristes, que se refregaban en los troncos de los árboles: eran las vírgenes virtuosas que, a todo trance, defendieron su donceller.

Recostadas con mansedumbre sobre el césped, dormían unas corderas velludas y obesas. Cada vez que oían pasos levantabanse y avizoraban el camino: eran las mujeres de los tahúres y de los borrachos que pasaron la vida en espera de sus trasnochadores compañeros.

Metí la cabeza por entre las cortinas del firmamento, y vi a un cura gordo, con un platillo entre las manos, para no perder la costumbre, como si colectara limosnas.

"——Padre ——le pregunte——, ¿aquí no hay ovejas negras?"

"——No, candoroso hermano, las ovejas negras son los pobres de la Tierra, pero como hay tantos y aquí no cabrían, las acomodamos en el purgatorio, o en el limbo".

"——¿Y si no lo merecen?"

"—Los pobres lo merecen todo. Además, ¿que ganarían con rebelarse? El infierno, como Luzbel".

Asustado de la justicia celeste, tan parecida a la de nuestro mundo, me aparte presuroso de la cortina azul y maldije el puñal que desgarró el misterio...

—¡Desventurado Pito Pérez, su razón se enreda y se desenreda, lo mismo que una bola de hilo lacre!..

Alguno de la tertulia, sonriendo maliciosamente, interrogo a Pito Pérez:

—¿Y la Caneca?

"—Esta en casa, rodeada de comodidades".

—¿ Quien es la Caneca? —pregunte intrigado por saber a quien se referían.

—¡El amor mas fiel que he tenido en mi vida!

—Pero, ¿vive usted con alguna mujer, Pito Pérez?

—Desde que me la rapte, hace tiempo, del hospital de Zamora.

La tenían encerrada en un cuarto contiguo a la administración. Una sola vez la vi, pero esa basto para que decidiera llevármela, y así lo hice.

La víspera de mi salida logre sacarla de su escondite y dormir con ella, en la misma cama, contando, claro esta, con la complicidad de los demás enfermos. Al amanecer abandone el hospital en su compañía, sin que el velador se diera cuenta.

Hicimos el camino hasta Uruapan, y atravesamos la sierra de Purepero, durmiendo en los montes, pues me parecía peligroso entrar con ella en los poblados, porque la suspicacia de las gentes me habría ocasionado

contratiempos. ¡Con cuanto sigilo tuve que caminar y que larga me pareció esta travesía!

Poco faltó para que se desmayara un peón, que me miro pasar por un potrero, cuando ya había oscurecido.

En Uruapan fui a hospedarme con un amigote, pero su mujer puso el grito en el cielo al enterarse de que yo entraba en su casa muy acompañado, y con lagrimas y aspavientos, pidió a su marido que nos echara. Ella decía que era un gran pecado permitir que nos guareciéramos bajo su techo, y mi amigo no pudo convencerla de que aquello carecía de importancia. ¡Supersticiones de gente ignorante!

Vinimos, por fin a dar a Morelia, en tren, y para substraerla de miradas indiscretas, tuve que acomodarla dentro de un "chiquigüite", en el que —¡la pobre!— sufrió mucho y lastimose de todas las coyunturas; pero con mis conocimientos anatómicos y con mi amorosa solicitud pronto logre dejarla restablecida.

Ahora vivo con ella, muy a gusto; me espera en casa con mucha sumisión, teniendo siempre una copa en la mano; duerme junto de mi, digo mal, vela mi sueño, jamás cierra los ojos, en cuyo fondo anidan todas las ternuras.

"¡La Caneca

no es gorda, ni seca,

ni come manteca!"

—Bueno, Pito Pérez, pero ¿de quien se trata? Tanto misterio para viajar con una mujer y tanta virtud en ella, me parecen incomprensibles.

—¡Pues de quien se ha de tratar! Del esqueleto de una mujer, armado cuidadosamente por el medico de Zamora y utilizado por los practicantes del hospital para estudiar anatomía.

—¡Que bárbaro! ¿No siente usted miedo al acostarse con un esqueleto?

—Miedo, ¿y por que? ¿No somos nosotros esqueletos mas repugnantes, forrados de carne podrida? Y sabiéndolo, buscamos el contacto de las mujeres. La mía no padece flujos, ni huele mal, ni exige cosa alguna para su atavió. No es coqueta, ni parlanchina, ni rezandera, ni caprichosa. Muy al contrario, es un dechado de virtudes. ¡Que suerte tuve al encontrármela!

Aquí esta su fotografía, conozca usted a la señora de Pito Pérez, colgada de su brazo; admire sus grandes ojos, sus dientes blancos, y fíjese que sobre su corazón lleva atado un ramito de azahares, como el que llevo yo prendido en la solapa de mi levita. La Epístola de San Pablo dice que el matrimonio acaba con la muerte; el mío ha comenzado con ella, y durara por toda la eternidad.

—;Esta usted loco de remate, Pita Pérez!

"——No lo crea ——repuso el dueño de "La Central"—— pídale usted alguna cosa fiada, de las que lleva en sus canastos, y vera como no hay loco que coma lumbre..."

——Mucha conversación y poco vino ——contesto Pito Pérez.

——Sirva usted unas copas para todos——ordene——, aunque me parece algo paradójico brindar a la salud de la muerte. Hagámoslo por Pito Pérez y por su respetable consorte...

Los vecinos madrugadores descubrieron el cadáver sobre un montón de basura, con la melena en desorden, llena de lodo, la boca contraída por un rictus de amargura, y los ojos muy abiertos mirando con altivez desafiadora al firmamento.

Una chamarra sucia y un pantalón raído, sujeto a la cintura con una cuerda, eran las prendas que cubrían el cadáver.

Llamaron a la policía, y uno de los vecinos, examinando atentamente la cara del difunto, dijo:

"—Este hombre es Hilo Lacre, el barillero de las campanas".

Llevaron una Camilla y echaron en ella al muerto. De la bolsa de la chamarra desprendieronse unos papeles y un retrato: en este aparecía sonriendo, del brazo de la muerte.

Uno de los papeles, escrito con lápiz, decía:

Testamento

"Lego a la Humanidad todo el caudal de mi amargura.

"Para los ricos, sedientos de oro, dejo la mierda de mi vida.

"Para los pobres, por cobardes, mi desprecio, porque no se alzan y lo toman todo en un arranque de suprema justicia. ¡Miserables esclavos de una iglesia que les predica resignación y de un gobierno que les pide sumisión, sin darles nada en cambio!

"No creí en nadie. No respete a nadie. ¿Por que? Porque nadie creyó en mi, porque nadie me respeto. Solamente los tontos o los enamorados se entregan sin condición.

"¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

¡Que farsa mas ridícula! A la Libertad la asesinan todos los que ejercen algún mando; la Igualdad la destruyen con el dinero, y la Fraternidad muere a manos de nuestro despiadado egoísmo.

"Esclavo miserable, si todavía alientas alguna esperanza, no te pares a escuchar la voz de los apóstoles: su ideal es subir y permanecer en lo alto, aun aplastando tu cabeza.

"Si Jesús no quiso renunciar a ser Dios, ¿que puedes esperar de los hombres?...

"¡Humanidad, te conozco; he sido una de tus victimas!

"De niño, me robaste la escuela para que mis hermanos tuvieran profesión; de joven, me quitaste el amor, y en la edad madura, la fe y la confianza en mi mismo.

¡Hasta de mi nombre me despojaste para convertirlo en un apodo estrafalario y mezquino: Hilo Lacre!

"Dije mis palabras, y otros las hicieron correr por tuyas; hice algún bien, y otros recibieron el premio.

"No pocas veces sufrí castigo por delitos ajenos.

"Tuve amigos que me buscaron en sus días de hambre, y me desconocieron en sus horas de abundancia.

"Cercaronme las gentes, como a un payaso, para que las hiciera reír con el relato de mis aventuras, ¡pero nunca enjugaron una sola de mis lagrimas!

"Humanidad, yo te robe unas monedas; hice burla de ti, y mis vicios te escarnecieron. No me arrepiento, y al morir, quisiera tener fuerzas para escupirte en la faz todo mi desprecio.

"Fui Pito Pérez: ¡una sombra que paso sin comer, de cárcel en cárcel! Hilo Lacre: ¡un dolor hecho alegría de campanas!

"Fui un borracho: ¡nadie! Una verdad en pie: ¡que locura! Y caminando en la otra acera, enfrente de mí, paseo la Honestidad su decoro y la Cordura su prudencia. El pleito ha sido desigual, lo comprendo; pero del coraje de los humildes surgirá un día el terremoto, y entonces, no quedara piedra sobre piedra.

"¡Humanidad, pronto cobrare lo que me debes!.

Jesús Pérez Gaona\*

Morelia, a..."

Y mezcladas con el polvo de la tierra se perdieron, para siempre, las cenizas inútiles de un hombre...

Algunas cosillas de Pito Pérez que  
se me quedaron en el tintero

Será bueno dejar asentadas en el papel antes de que la muerte que llevo en el alma descienda a mi mano, algunas travesurillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero. Tal vez no sean del todo regocijadas, porque la miseria no engendra alegrías y la risa de los pobres, cuando de tarde en tarde se ríen, parece mueca de dolor.

Hay truhanes de buena suerte a quienes todo les sale bien, y picaros sin fortuna como nuestro amigo Jesús Pérez Gaona, que no dijo mentiras y nadie creyó en su palabra; que no mato a bicho viviente y todos huyeron de el como de un asesino; que se ingenio para comer y no paso de ser un muerto de hambre; que busco el calor de un cariño y hallo el desprecio de todos y la indiferencia de todas, al grado de decir con ironía: mi mano será mi propia viuda. Pero de nada sirve hacer el análisis de sus desgracias. Le basta y le sobra con su desventura.

Comienzo, pues, mi relate: Pian, pianito, llego una vez Pito Pérez a la calle en donde vivía. Había prometido no beber y llevaba ya dos largas y cruentas horas sin quebrantar su palabra, resistiendo a los ruegos de don Alipio, tentación envuelta en una capa dragona que le salió al paso, al cruzar frente a la tienda del Venadito, no porque así se llamara el almacén sino porque así le decían a su dueño.

—Pito Pérez, lo invito a un amargo de cidra con botana de ubre de res.

—¡Ay, don Alipio, no me tiene usted con la ubre, y lo amargo del caso esta en que hice promesa de no beber en seis meses, sin fuerzas para resistir seis horas!

Con las manos en los bolsillos del pantalón, bolsillos sin fondo que le permitían rascarse cómodamente las rodillas, silbando un paso doble muy de moda, "Machaquito", entro Pito Pérez a la calle del Querendal, en donde sin escudo nobiliario, ni amplias cocheras, ni ferrados portones, alzabase su residencia. Eran las 12 de la Mañana y de los zaguanes salía el olor de los guisos, como un pregón de bienestar y de abundancia: de la casa de las Correas, el apetitoso perfume de los chiles puestos a asar para rellenarlos; del portal de doña Cándida el aroma penetrante de un lomo de cerdo que se retorció en la cazuela, como un relapso, condenado a fuego lento. por la puerta de Lola Molina escapaba el olor de la miel, a punto ya para los bocadillos de coco, y del curato salía a la calle, como una fina esencia del paraíso, el olor del chocolate que se torteaba en aquellos momentos y que, como el sándalo, pagaba con perfumes los golpes que recibía. Abrid bien las ventanas de vuestras narices para que gocéis con Pito Pérez del banquete de tan capitosos olores. El invita y, por supuesto, el paga, que saboreando solo con el olfato ningún dispendio sufrirá su bolsa.

El señor Pérez fijo su mirada distraída en un magnifico gallo bulique, que movía la cresta gallardamente, como un banderín comunista, y que caminaba trinchado el pecho y el ojo retador, lo mismo que un político con fuero, deteniéndose aquí y allá; aquí, para probar el filo de su pico de ágata en la esmeralda de una piedra musgosa; allá, para batir con sus patas como enguantadas con su propia piel, el

limo de un charco, pareciéndole chico el mar para hacer un buche de agua. Por instinto de conservación —claro que de lo ajeno— Pito Pérez comenzó a arriar el búlique, primero con las manos, cautelosamente, y después a gritos y a sombrerazos. El gallo daba traspiés, se enredaba en sus espolones como un don Juan tolondrón, embarullado con su propia espada y, aquí viene la frase hecha, se engallaba al mirarse tratado de tan despectiva manera. Pito Pérez no tenía un plan preconcebido, pero al llegar a la puerta de Filogonio el sastre, con brazos y piernas cerco al gallo y lo hizo meterse en la sastrería, revolando pesadamente sobre la hornilla de la plancha, sobre la mesa del corte y sobre la calva de Filogonio que chillaba con voz de modista:

—Asíllenciate, Pito, que este animal me saca un ojo.

—Tuércele el cuello al cisne de nevado plumaje —dijole Pito Pérez a Filogonio—. No es cisne, ni nevado, pero hagamos un mole con el interfecto. Tu pones los ingredientes y yo el cuerpo del delito. Y chiton, para que su dueño no lo reconozca por el olor que despida al sazonarse.

Al oír la sentencia, el gallo se desplomo, como suelen hacerlo en la hora postrera los valientes profesionales. Filogonio echole mano a la golilla apretó, y apretó, hasta que en el espasmo final abrieronse las alas de la víctima, como esos abanicos de seda que en la danza que lleva su nombre, cubren las partes sedosas de la bailarina desnuda.

Después de pelar el gallo, salió Pito Pérez de la sastrería, silbando "Machaquito," y al llegar al zaguán de su casa encontró a su hermana Herlinda quejándose muy acongojada de que habían dejado la puerta del corral abierta y se le habían salido todos los animales.

—Jesúsito, ¿tu no has visto al gallo?

Pito Pérez comprendió de que gallo se trataba y pensó con inusitado remordimiento que, por primera vez en su vida, se había robado a sí mismo, pero esto no fue óbice para que con presteza contestara:

—Madre Herlinda, yo solamente he visto torear a Gaona.

Y entro en su casa reflexionando que, a cambio de comerse el bipedo había contraído moralmente una nueva obligación: la de consolar a la gallinas para que no extrañaran; muerte de su amante y colectivo esposo...

Pito Pérez fue un hombre de bien, honrado a carta cabal con las mujeres. No engaño a ninguna y, en cambio, a él todas lo burlaron: Irene, Chacha, Soledad. . . Su lista fue precaria, pero no le fallaron en eso de adornarle la testa: Él decía: a Jesús lo coronaron de espinas los judíos, pero como no tuvo tratos con mujeres, escapó de otra clase de coronaciones.

Ventaja que le llevo al Señor: me coronan de espinas mis paisanos, y mis paisanas convierten mi cabeza en el apellido de un ilustre historiador: Clavijero.

Pito Pérez era incapaz de engañar a una mujer con promesas que no pudiera cumplir. Tuvo una novia por los Manzanillos, hija de rancheros acomodados, pacata y sumisa, pero con un almacén de ganas de matrimoniarse repleto hasta los topes. El tal noviazgo coincidió con una pasajera regeneración de nuestro amigo el Pito, quien iba todas las noches, lloviera o tronara, a platicar con Ramona —así se llamaba su Julieta— y a comer cacahuates, entre suspiros y besos. ¡Oh, romántica poesía del nombre de la dama y de su aliento oloroso a tostado de Salvatierra! Pero los padres de la novia comenzaron a enfadarse y a decirle a su hija:

—Ese leguleyo no te cumple, Mira que el tinterillo te quiere nada más para mojar su pluma en tu tintero. Bien aleccionada, una noche de luna, la niña ingenua díjole a Pito:

—Jesús mío, ¿cuando nos casamos?

—Cuando tu quieras, Ramita —contesto el novio, con mas miel que un panal de abejas, pero con las abejas dentro—. Ponme un plazo como es costumbre, y ya veras.. .

—¿Te parecen seis meses? insinuó tímidamente aquella Francesca de rebozo.

La cara de Pito se alargó como un ayuno involuntario y haciéndose el teniente de ambos oídos contesto sin vacilar:

—¡Seis años son muchos! Rebaja a cuatro y en este breve lapso arreglaremos nuestras cosas.

La novia sintió que se le desgajaba el nombre, y por pura pena, como son las mujeres de nuestros pueblos, no se atrevió a rectificar.

A partir de aquella fecha, Pito Pérez fue poco a poco dosificando sus visitas, sus platicas, mis cacahuates y sus besos, hasta que del idilio no quedaron ni las cáscaras, pero como un caballero, en todas partes repetía:

—Ramita puso un plazo muy largo para la boda y yo tengo prisa por gozar del tálamo. Además, hubo entre los dos marcadas diferencias de temperamento: cuando yo estaba helado ella ardía, y así no era posible...

\* \* \*

Jesús Pérez Gaona no fue un sensual, obcecado por la carne, morena o blanca, odorífera o inodora, fresca o salada como el tasajo.

¡Cuántas veces un sueño irrealizable, una vana quimera de su mente exaltada por el vino, bastábale para entretener sus ansias de amor! ¡Cuántas otras, detrás de una puerta, o a larga distancia, contentabas con oír una voz en la quietud estrellada de la noche!

Por el cangilón insalubre de un caño, dando la cara a todos los microbios, conversaba con Lola Pureco, quien no podía salir a la ventana, porque no había ventana en su casa, ni a la puerta, porque la madre, como un carcelero, al toque de oración, echabale Have.

—Lolita, ¿que haces? ¿Como estas? ¿En donde tienes tus divinas manos?, susurraba Pito Pérez, a través del caño.

—Estoy a gatas, con las manos en el suelo.

—¡Quien pudiera verte en postura tan amorosa! Piensa que estamos cerca el uno del otro y yo me embriago con tu aliento de jazmines.

¡Gran poder del amor que transforma las nauseas en piropos! ¡Nadie como el, se ha contentado con tan poca cosa! Solo nuestro señor Don Quijote, como Pito Pérez, olía a rosas a las zafias lugareñas, aquel Don Quijote de la Mancha de quien decía la culta esposa de un amigo mío: he leído a Don Quijote de la Mancha; lo halle un poco trascuerdo, pero no le encontré la mancha por ninguna parte.

\* \* \*

No cabe la menor duda de que Pito era bueno y servicial como pocos. Enfrente de mi casa, que mantenía cerrado su zaguán, como boca callada, pero con los postigos abiertos —acuciosas orejas para saber cuanto ocurría en la calle— el Mesón Grande, de don Refugio Magallán, desplegaba sus patios de zarzuela española, con sus alcantarillas borbollantes, sus recuas bulliciosas, sus criadas con el cántaro al hombro, imprimiendo a sus senos el ritmo de sus pasos, y con el sonoro estallido de las interjecciones con que los arrieros apostrofan a las bestias, interjecciones que parecen desprenderse de un diálogo matrimonial, a altas horas de la noche, cuando el marido se retrasa.

En el Mesón Grande posaban los ingleses que venían de Inaugurar, de trabajar las minas; los franceses que tenían tiendas de ropa en Año; los españoles dueños de trapiches en los planes de Tepenhua; los gringos concesionarios del Ferrocarril a Tacambaro; el marques de Caravita aquel italiano que caso con una

criolla de muchos dineros, y los indios cargados con sus tercios de raíz de zaca ton, para las casas alemanas establecidas en México. Pito Pérez, ante aquel desfile de fuerzas internacionales, decía: ¡Viva la prosperidad nacional!

El dueño del mesón tenía una sobrina morenucha y desmedrada, por joven; un poquitin cargada de hombros, pero vigor un ojo se le perdió en el lagrimal, como luna en menguante, pero limpia de polvo y paja no obstante trajinar a toda hora por los macheros del mesón, entre mozos de estribo, gañanes y hatajadores. La llamaban Maria. La llamaban, digo, porque ella no se llamaba nunca, ni en voz baja.

Entre bromas y veras comencé yo a decirle a Pito Pérez:

—Usted que va tanto al mesón, consígame a Maria.

Y Pito Pérez sonreía y se daba importancia con esa autoridad de quien ha leído los elogios que Cervantes dedica a la discreción de las gentes del oficio. Yo miraba a Maria, y ella me miraba con la errática expresión con que miran los turnos, sin que pueda asegurar que me veía con buenos ojos.

El encargo se convirtió en muletilla: Pito Pérez, por favor, consígame a Maria.

Una noche, después de las 10, llamaron discretamente en el zaguán de mi casa. Abrió mi padre y se encontró con Pito Pérez acompañado de una tapada. Pito Pérez pregunto por mi.

—Aquí te buscan, gritome mi padre, sin retirarse del zaguán, intrigado por conocer el motivo de aquella inesperada visita. Cuando salí a la puerta, Pito Pérez me dijo en son de triunfo, pero con una lengua entorpecida por el alcohol:

—Aquí le traigo a Maria. Usted la quiere y es suya. Todo fue cuestión de precio. Descúbrete la cara, Mari; para que el señor me firme el recibo Las otras cosas te las descubrirás en el lugar que el te indique. Por lo pronto, *vale die ad virginitas tua*. ¿Tu no sabes latín? Pues, por eso, esta frase te la digo en latín.

Mi padre oía sin chistar, y yo, perplejo, no hallaba que hacer, abrumado por la presencia de mi progenito y por la impertinencia de aquel insigne y ladino borracho.

—Yo creo que es una farsa de usted tartamudee, avergonzado, dirigiéndome a Pito Pérez. ¿,Que pensara esta señorita?...

—Vámonos, Maria —interrumpió Pito—. Te llama señorita porque no se atreve a confesar que quería que dejaras de serlo. Tu y yo salimos esta noche resueltos a perder nuestra decencia, y estos, de improviso, se sienten honrados. Vamonos, Maria. Me avergüenzo de ser hombre. La calle esta desierta y corre mas riesgo mi dinero que tu virginidad.

Cerro mi padre el zaguán sin hacer comentarios, y yo no me atreví ni a levantar los ojos.

### III

A Pito Pérez se le podría llamar justamente el Gran Calumniado. No fue un envenenador, como Cesar Borgia; ni un rijoso, como Enrique VIII; ni un falso como D. Fernando el Católico; ni un tortuoso como Luis Onceno; ni tema la vanidad de Narciso; ni era incestuoso, como cualesquiera de los Ptolomeos; ni glotón como Carlos V; ni presumido como Francisco I; ni jugador como Julio Cesar; ni cultivaba las inclinaciones invertidas de un Demetrio de Siracusa. Su única debilidad fue la misma de Alejandro el Magno: tomarse unas copitas con los amigos, Alejandro para celebrar sus grandezas; Pito Pérez para no acordarse de sus penurias. Sin embargo, ni a Apeles, ni a Plinio se les ocurrió pintar y describir al Conquistador de Asia con el casco ladeado, arrastrando la túnica y gritando por las calles de Susa: ¡Viva Macedonia, y al que no le guste el fuste...!

Pito Pérez no fue un tahúr; no conoció ningún juego: ni el inocente de la taba, ni el elegante croquet, ni los dados arrabaleros, ni la malilla de campo de nuestros antepasados, ni el carcaman de las ferias, ni el mus de las tabernas españolas, ni la rayuela de nuestros "juanes," ni los albures de los rancheros del Bajío, ni los gallos de "Cuatro Milpas," con su pintoresco alboroto, ni el póquer de los clubes de postín, ni el frontón con su marea oscilante de cabezas, ni el turnado de los grandes casinos, ni la femenina ruleta, ni siquiera el "gin" de los neuróticos de la baraja. No jugaba porque no tenía que jugar y porque le sobraba imaginación para divertirse sonando despierto y no jugando dormido, pero su suerte era tan perra que hasta lo que no comía le hacía daño.

Una vez, al calor de las copas, que era el clima mas propicio para Pito Pérez, se organice una timba, y Pito, por no dejar de beber de gorra, quedose en ella como un simple mirón de la partida. Pero algún chivato dio el soplo a la policía, que se presento de improvise y cargo con todos y con todo, como suele suceder, inclusive con Pito Pérez, a quien importabale un remoquete igual al suyo el ir a la cárcel.

Al llegar su turno, el Prefecto interrogo a Pito Pérez:

—Diga usted la verdad. ¿En aquel garito jugaban con naipes marcados?

—No se que estarían jugando los otros: yo jugaba a las escondidas.

—¿ Y de quien se escondía usted, señor Pérez?

—De usted, señor Prefecto, a quien no quería tener el gusto de conocer, porque no me place la amistad con las autoridades, ni del ramo civil ni del eclesiástico. Todas ofrecen castigarme en esta y en la otra vida y ninguna me brinda un pedazo de pan.

—No diga usted chirigotas. Usted y sus socios jugaban con barajas marcadas. Confiese, y pronto...

—¡Pero si aun no llega la Cuaresma!

El Prefecto, iracundo, olvidándose —por un momento nada mas— de que las leyes prohíben en nuestro país las torturas corporales, ordeno a uno de los gendarmes que aplicara a Pito Pérez media docena de palos, pero al primero que recibió en la espalda, levanto una mano pidiendo tregua, y dijo al Prefecto:

—Un momento, yo no soy burro para que me hagan caminar a palos. Estoy dispuesto a decir lo que he visto y todo lo que se, pero confidencialmente. Que me perdone Dios si cometo una felonía con mis compañeros y si al descubrir su grave secreto les hago algún perjuicio.

El Prefecto y los gendarmes escucharon a Pito Pérez sin perder una silaba, todos le cercaron y el con voz apagada comenzó su declaración:

—Señor Prefecto, usted sabe como son de misteriosos los tahúres. Misteriosos y... lo demás, como los ratones, pero yo, por respeto a la autoridad, no lo digo.

Pito Pérez bajo mas la voz y continuo:

—Eran cinco alrededor de la mesa. Yo los conté y vi como se miraban las manos y como ninguno perdía de vista al que barajaba. Y todo en el mas absoluto silencio. El que tenia la baraja la fue repartiendo con los dibujos bocabajo. Fíjese usted en el detalle. Cada quien recogía sus cartas, las juntaba, las apretaba y les miraba \*las puntitas, los tilos nada mas, como si temieran que las figuras se escaparan. Yo, detrás de ellos, por mas atención que ponía, no alcanzaba a ver

nada. Pero, espere usted que recuerde, señor Prefecto. Si, ¡ya esta! Cuando se descuidaban, yo veía en las barajas unas cabezas con coronas que decían que eran reyes, y los cascos de unos animales que aseguraban que eran caballos. Los jugadores pronunciaban una palabra cabalística, incomprensible para mi, que yo creo que era la sena a que usted se refiere. Decían: paso, paso, y tiraban las barajas en medio de la mesa. Después, volvían a comenzar, porque los amigos de Birjan son muy misteriosos, como los ratones. Ya usted sabe el refrán, Señor Prefecto.

—Llévense de aquí a este imbécil. grito el Prefecto sin poder contenerse.

—Gracias, señor —exclamo Pito Pérez, haciendo zalemas—. Usted me ha comprendido, y usted, además, me quiere. Estoy seguro de ello, porque mi familia también me llama imbecil y afirma que me quiere mucho. Espero que mis informaciones le hayan sido útiles, pero, por sus hijos, no diga a mis compañeros que los he traicionado.

Los gendarmes sacaron a Pito Pérez a empellones \*de la oficina y lo dejaron ingrino y triste en medio de la calle....

#### IV

Los hombres como Pito Pérez, a quienes la desgracia ha castigado, no suelen ser parlanchines a pesar de que el vino los impulsa a la confidencia. Divulgan los secretos de los demás, pero se guardan muy mucho de exhibir su pensamiento y de clavarlo en cualquiera esquina como un cartel de toros. Sin embargo, los hombres como Pito Pérez también tienen sus momentos de expansión, aunque no sea con sus semejantes. Los místicos hablan con Dios; los enamorados con la imagen de su amor; los locos con las quimeras creadas por su desequilibrio; los sonámbulos con su subconsciente. Pito Pérez, al acostarse, si el alcohol no nublaba por entero sus facultades, sostenía largas conversaciones con su chaqueta, de tu a tu, en un piano de igualdad que pocas veces se logra entre dos personas. Por esto, una de las mayores tristezas de Pito Pérez era no tener un lugar apartado en donde despojarse de su chaqueta y colgarla a la vista de sus ojos, antes de tenderse a dormir sobre cualquier jergón.

Si nosotros pudiéramos ser el aire, la luz de la vela, la telaraña o el polvo del cuchitril de Pito Pérez, escucharíamos la conversación que sostiene con esa prenda desgarrada y sucia que le sirve de inseparable compañera en sus peregrinaciones por caminos y por pueblos, que lo ven pasar como una sombra desleída.

¡Que palabras tan dulces, que voces tan llenas de sentimiento se escapan de la boca de Pito Pérez para comunicarle sus cuitas a una pobre y raída chaqueta!

Convertidos en polvo, en luz, en aire o en telarañas, podríamos escuchar el monólogo, que no llega a cuajar en diálogo, porque no nos es dable hacer el milagro de dar pensamiento y voz a una prenda inanimada, por más que ostente todas las condecoraciones de la miseria.

—Hoy tuvimos un mal día, dice Pito Pérez a su chaqueta, sacudiéndole el polvo de la solapa. Tu perdiste el único botón que tenías, y yo un amigo. Pero Mariana diré que me han vuelto a nombrar secretario de los juzgados, aunque no sea verdad, y verás como el amigo se prende nuevamente de mi brazo, sin que falte una mano solícita que te cosa el botón. ¿Viste con que desdén nos fisgonearon al pasar por la plaza?

—Allí va Pito Pérez, dijo uno—. No le llames, que va en su juicio y así no nos divierte, comento otro. —¡Pobre Pito Pérez, ya tiene trazas de mendigo!, agregó un tercero, y no precisamente de la Orden de San Francisco. Tu y yo pasamos de largo, sin ver y sin oír, que así conviene que pasen por todas partes los pobres.

\* \* \*

¿Recuerdas cuando tu tenías un aspecto más decoroso y cuando a mí me llamaba el Presidente Municipal para que conversáramos como buenos amigos? En aquel remoto entonces, yo era para muchos don Jesús, y tú conocías los halagos de las gentes. El juez te honraba al descansar su brazo en el mío, y una mano femenina,

adornada con adorables hoyuelos, con el solo hecho de posarse sobre tu tela, te acariciaba.

\* \* \*

—¿Recuerdas cuando en uno de tus bolsillos guardaste la proclama de aquel levantamiento de rebeldes? ¡Si te la encuentran nos matan!

¿Y por que hubiéramos muerto? ;¿Lo has pensado alguna vez? Hubiéramos caído por derrocar a un dictador para substituirlo por otro. En aquella jornada fuimos héroes; ahora no somos nadie: tu, una chaqueta con las bolsas vacías, y yo, un hombre con una chaqueta rota...

Pito Pérez mira con ojos amantes su chaqueta que pende como un cuerpo desvanecido del espaldar de una silla. En la penumbra del cuarto parece una persona sentada, haciéndole compañía a un enfermo. Y es que las prendas de vestir adquieren con el uso las formas de nuestros cuerpos.

Un vestido de mujer conserva parte de las morbideces que envolvió en su tela; una chaqueta de hombre nos da la sensación de que estamos delante de un caballero que ha perdido la cabeza.

Como los órganos del cuerpo humano, cada bolsillo de una chaqueta tiene una función vital: en uno se guardan los lápices, que representan la inteligencia; en otro, el pequeño libro de apuntes, que sustituye a la memoria; en otro se esconde la cartera, como la célula del interés y del cálculo. Otro de los bolsillos está tan cerca del corazón que ya aprendió a palpar con él y a emocionarse como él. Todo esto, y más, pensaba Pito Pérez y lo comunicaba a su chaqueta. No olvides —le decía— que a cambio de grandes sufrimientos has tenido tus gratas compensaciones: aquella carta de amor que anido en una de tus bolsas y que tu conservaste tanto tiempo como una reliquia sagrada. ¡Oh!, ¡que dulce mentira! Las cartas de amor son el *agnus dei* con que principia la oración del olvido.

Algunas veces se aligeraba el monólogo, en consonancia con el estado psicobebelógico de Pito Pérez:

—Hoy estamos contentos, mi buena amiga: bebimos, comimos, reímos, que es la fórmula de la felicidad que surten diariamente los ricos. Un pan se dejó hipnotizar y pico el anzuelo de nuestra gula inactiva, como un cándido pececillo de pasta flora, y un buen vaso de carinena nos dio su sangre en generosa transfusión. Ahora que estamos solos, lloremos de gratitud porque el Señor, que mantiene a los pájaros y viste a los lirios del campo, por fin se acordó de nosotros, de un despreciable borracho y de su miserable chaqueta.

Y en el desbordamiento de su euforia, Pito Pérez tomo su chaqueta por las mangas y se puso a bailar y a cantar. Sorprendida de aquel acto desusado de regocijo, la chaqueta lo miro con sus grandes ojos tristes, de mujer clorótica.

—Alégrate conmigo, compañera. Juro que nunca te abandonare, aunque llegue a adquirir un traje nuevo. ¡Como podría dejarte, chaqueta desteñida por todas las lluvias, por todas las canículas, por todos los inviernos, si eres parte integrante de mi existencia! Tus roturas me duelen en mi carne; tus fatigas las siento en el cuerpo. ¡En jamás de los jamáses Pito Pérez cambiara de chaqueta!...

Mi primo Salvador, el de Jiquilpan, afirma que esto que voy a narrar le paso a Celso, otro borracho con menos ejecutoria que Pito Pérez. Yo aseguro que le ocurrió a mi personaje y no al de mi primo Salvador, cuya imaginación para inventar historias es mas fecunda que la mía.

En un pueblo de Michoacán en donde vivió Pito Pérez, en uno de esos pueblos que ahora disfrutan de todos los adelantos modernos: su líder, su banco, su pistolero, su sinfonola, su campo de fútbol y su cine (los viejos como yo lloramos por la suspensión de las serenatas) había un Presidente Municipal medio léelo, con humos de gracioso, aficionado a las chanzas y a divertirse a costa de los pacíficos habitantes del villorrio.

Mitad para gozar del chisgo, mitad para ver si conseguía que Pito Pérez dejara el vino y la vida de filosófica vagancia, el Presidente Municipal concertó con el Jefe del destacamento darle un susto a Pito, simulando que lo iban a fusilar. Una escolta aprehendió a mi amigo cuando ya llevaba ingeridas veinte copas de charanda, en un tendejón de barrio, entre decires, relatos y reseñas de aventuras que nunca le habían acontecido, pero ya se sabe que el alcohol es una magnifica aguja para bordar con mentiras la tela de las conversaciones.

La escolta condujo a Pito Pérez al cementerio, en donde ya lo esperaban, constituidos en alto tribunal, el Sindico, el Comandante de la Guarnición y el

Presidente Municipal, quien, simulando una gran pena por tener que llegar a aquellos extremos, dizque en cumplimiento de las instrucciones que había recibido, expreso a Pito Pérez su mas sentida condolencia:

—Ignore el crimen que haya cometido, amigo Pérez, pero el Supremo Gobierno —que no se equivoca nunca— nos ordena pasarlo por las armas sumarísimamente. Así es que prepárese usted a morir y pida una ultima gracia.

La noticia no fue bastante para que a Pito Pérez se le cortara la borrachera y su reacción inmediata fue la de echarse a llorar, clamando desconsoladamente:

— ¿Y que traición a la patria he cometido que amerite mi cese de este mundo? ¿Que verdad he dicho que no convenga al Gobierno? ¿A que alto funcionario he censurado? ¿En que fraude, o en que sucio negocio he intervenido? Quiero saber que ley marcial me pena por andar con los zapatos rotos, pues este es mi único delito, y el de repartir ironías equitativamente entre mis amigos y mis enemigos. Nuestra Constitución es generosa. No tengo que" comer, pero el Código me protege para que nadie me obligue a comer. Si me quieren hacer trabajar pediré amparo y la consecuencia del amparo es la suspensión del acto reclamado. Luego tengo derecho a quedarme sin trabajar, en beneficio de quien mas afición tenga al trabajo.

— Reportése usted, Pito Pérez, y ni en la hora de su muerte se atreva a opinar en contra del Supremo Gobierno —que no se equivoca nunca— porque todo

el rigor de la ley caerá sobre su cabeza. Además, pondría usted en peligro la salvación de su alma.

—¿Pero no dice usted que me van a fusilar? Entonces, que me importa el rigor de la ley y ¿que ley me puede alcanzar después de la muerte? Sentado en la eternidad, me reiré del Supremo Gobierno —que no se equivoca nunca— y de la esencia divina de todos los mandatarios. ¡Necios! Que dieran todos ellos por tener el espíritu del coñac, que se sube, pero que no hace daño a nadie.

Y Pito Pérez lloraba a mas no poder delante de aquel falso jurado, cuyos miembros se cernían de risa al oír los discursos de su victima y al mirarla sufrir hasta el lindero del desmayo.

También el Sindico echo su cuarto a espadas y dijo:

—Pito Pérez, sea valiente y muera como los hombres. Se le van a caer las enaguas.

El remoque hirió a Pito Pérez en lo mas vivo, en ese orgullo muy mexicano que nos hace sal tarde rabia y desafiar la muerte, con tal de no rebajarnos ante ninguno, por mas poderoso que ese ninguno sea: gobernante, general, millonario o sumo sacerdote. Y en un supremo arranque de voluntad, Pito Pérez se irguió dentro de sus harapos y golpeándose el pecho con sus manos enclavijadas y con

sus uñas, orladas de negro como participaciones de su óbito, rompió a gritar desaforadamente, en las barbas de sus verdugos

—¡Jijo el que se raje! Me duelen mas las burlas que los balazos. Fusílenme.  
¡Bien lo merezco, por no haber aprendido a pensar y a hablar en ingles!

Pito Pérez increpaba a las gentes como un loco:

—Quiero mandar mi ejecución. ¿solamente los militares tienen derecho de mandar? Pues si no puedo mandar mi ejecución, los mando a todos ustedes al seno de su santa madre. Soldados: tírenme al pecho, como dijo Maximiliano, aunque yo no tengo, como 61, onzas de oro para comprar la trayectoria de los tiros. Soldados: tírenme a donde quieran, a donde les sea mas fácil. Las balas entraran por los agujeros de mi ropa como por camino conocido.

El jurado comenzó a sentirse molesto, por el aire de autentica tragedia que tomaba lo que imaginaron un juguete cómico.

—Cálmese, Pito Pérez, quizá pudiéramos aplazar el acto mientras consultamos al Gobierno.

—¡El Supremo Gobierno no se equivoca nunca! —respondió Pito Pérez

Así es que sobre el muerto las coronas. Y en cuanto a pedirles una ultima gracia, ¿que gracia les podría pedir si ustedes no tienen ninguna?

—Señor Pérez, usted no puede obligar a sus amigos a matarlo, y nosotros somos sus amigos. Lo estamos demostrando.

—Pido que se cumpla la orden del fusilamiento, a ver si para lo sucesivo cobro alguna experiencia.

A todo esto, la gente del pueblo había invadido el camposanto, extrañada de que quisieran fusilar a un pobre borrachito, y los que habían urdido aquella patraña sentíanse cohibidos ante la expectante actitud de la plebe, que no tenía parte en la broma, y la exigencia de Pito Pérez, urgiendo que lo fusilaran, en lugar de pedir clemencia.

—Mire, Pito Pérez —dijole el Presidente Municipal, en tono conciliador y persuasivo—, si usted nos promete no beber mas, le concederemos el indulto. Se lo pedimos por su bien y en nombre de la sociedad a la que reintegraremos un hijo descarriado.

—¡El hijo de la sociedad lo será usted! Mejor matéeme, antes de que se apague la luz del día, porque quiero morir viéndoles a ustedes las caras para que no me parezcan tan feas las que voy a encontrar en el infierno.

—Basta de necedades —interrumpió el Presidente—. Ni lo fusilo, ni lo saco de aquí. Le doy el cementerio por cárcel, hasta que me prometa no emborracharse

nunca. Fuera todo el mundo. Dejen solo a este loco, para que reflexione y se enmiende.

Lentamente salieron los espectadores de aquel drama fallido, y Pito Pérez se dejó caer sobre un montón de basura, desolado y triste, al comprobar que la Muerte, la que él creía su fiel amante, ¡también lo engañaba!

Se hizo de noche y a la luz de los cirios siderales, de brucos sobre una sepultura, Pito Pérez parecía un hito de carne entre el cielo y la tierra. Tal fue su destino: pequeño punto de referencia entre lo humano y lo inhumano. ¡Lo humano!: facultad de amar, tristeza de odiar, consuelo de llorar. ¡Lo inhumano!: impotencia de amar, goce de odiar, envidia ruin por no saber llorar...

Esta obra se acabo de imprimir El día 25 de Mayo de 1993, en los talleres de EDITORIAL PENAGOS, S.A. DE C.V.Lago Wetter No. 152 Col. Pensil 11490, Mexico, D.F.

La edición consta de 10,000 ejemplares mas sobrantes para reposición.